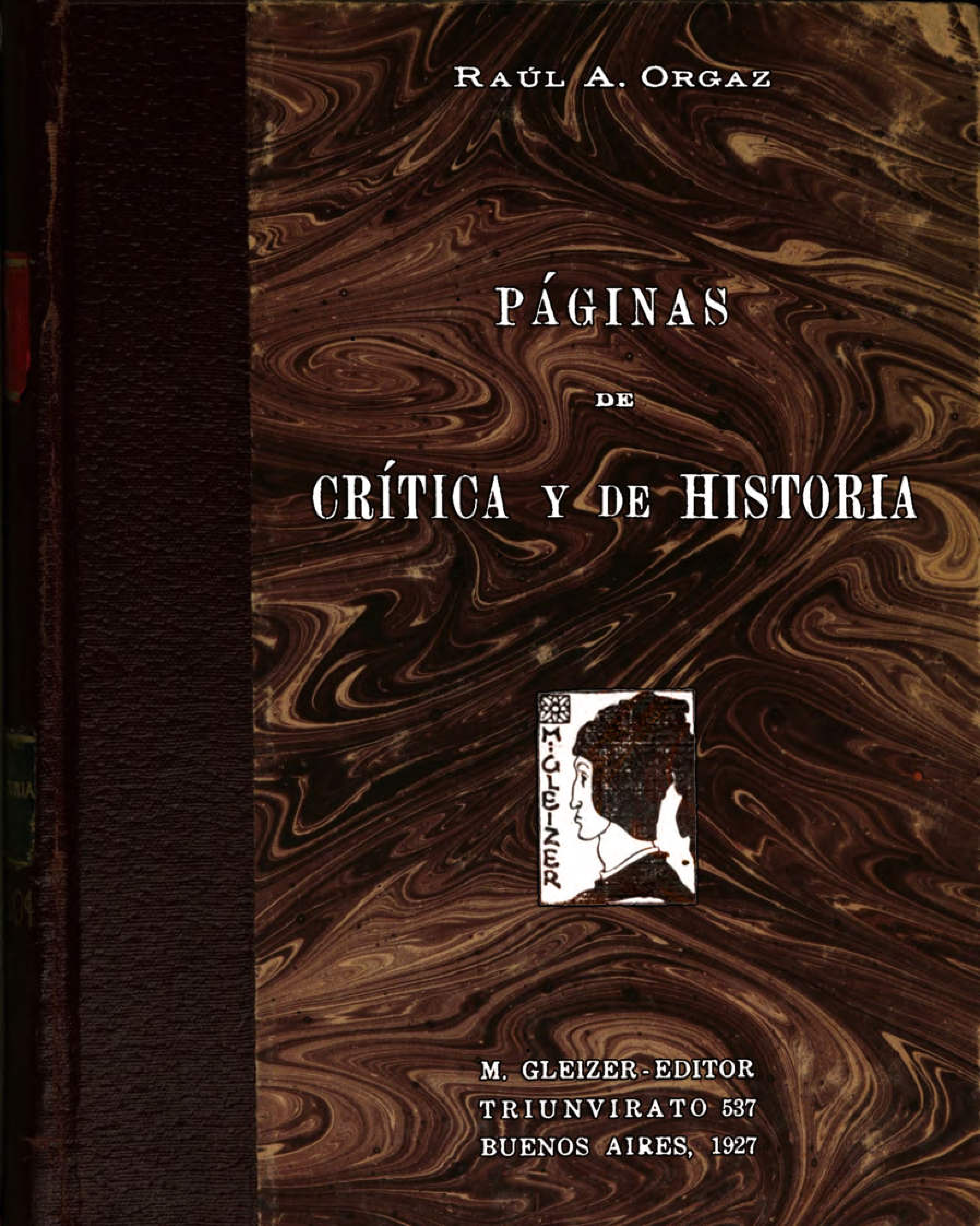

RAÚL A. ORGAZ
PÁGINAS
DE
CRÍTICA Y DE HISTORIA
M. GLEIZER
M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1927

RAÚL A. ORGAZ

PÁGINAS

DE

CRÍTICA Y DE HISTORIA



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1927

PÁGINAS

DE

CRÍTICA Y DE HISTORIA

PROEMIO

Hemos reunido las páginas de crítica y de historia que forman este volumen, y las ofrecemos a los que se interesan por los temas de la cultura argentina, ya que puramente argentinos son los asuntos que aquí se consideran.

Pensadores contemporáneos han canonizado a la historia hasta identificarla con la filosofía, y se han quejado, al mismo tiempo, de la facilidad con que los hombres cultos de esta época — a lo menos en ciertos países — se entregan al deporte metafísico y al costoso ejercicio de contemplar las cosas sub specie æternitatis. *Creen estos graves maestros que hay algún exceso de filosofismo, y que para corregirlo, es menester que el espíritu se vuelva a las saludables aventuras de la investigación histórica y a los problemas políticos — bien apremiantes, por cierto — de la hora actual.*

Sin ocultarnos los peligros que nacen cuando se llega a hacer historia por la historia misma, puesto que el erudito, que contempla las cosas bajo razón o especie de individualidad, es tan unilateral como el talento generalizador, que se empeña en contemplarlas bajo razón o especie de eternidad, creemos también que la historia es ejercicio excelente para el que ama las visiones sintéticas del mundo, y que como tal ejercicio, posee, respecto de los temperamentos filosóficos, un valor educativo estrictamente análogo al que tiene el aprendizaje del latín para las generaciones que son llamadas, turno por turno, a participar en los bienes espirituales de la comunidad.

Además de esta circunstancia (que acaso tenga sólo un alcance meramente personal), hemos creído que algunos de los temas que aquí se tratan pueden ser re-pensados con provecho por otros investigadores, con el auxilio de los elementos y sugestiones que en estas páginas hemos incorporado; por donde esta consideración pareció suficiente para que los trabajos en que esos temas se dilucidaron, fuesen redimidos de la dispersión en que se hallaban, pues ellos —, como los restantes —, vieron ya la luz en diarios y revistas del país.

Reconozcamos, para concluir, que apenas si cabe señalar diferencia sustancial entre la crítica y la historia. La historia es, en cierto sentido, la crítica del pasado, y la crítica es, también grosso modo, *la historia del presente; sólo que prácticamente, la crítica es la historia que trata siempre de obras (de literatura, de ciencia, de arte, etc.) mientras que la historia es la crítica que cae, en particular, sobre acontecimientos y personajes. Pero esta diferencia pierde significación para una mente filosófica, y permite añadir a la unidad que ya resulta, para el volumen, del carácter nacional de sus temas, la unidad más profunda que promana de aquella especie de consubstancialidad entre la crítica y la historia.*

Después de lo cual sólo nos resta desear buena acogida al presente volumen.

R. A. O.

Córdoba, 18 de abril de 1927.

CORDOBA

Y LA

GUERRA DEL PARAGUAY [1]

Al Dr. Henoch D. Aguiar.

Pidamos a los historiógrafos un poco de indulgencia al aventurarnos en sus dominios para tratar — sólo con alguna sensibilidad, sin ambiciones "heurísticas" ni excesivo rigor metodológico — de uno de los acontecimientos más resonantes de la historia argentina contemporánea: la guerra de la Triple Alianza, percibida esta vez desde Córdoba. ¿Habrá ingenuidad al pretender evocar el estado de alma de Córdoba hace sesenta años, frente a la agresión del dictador paraguayo, cuando diligentes cronistas de la época — tal el honesto Zinny — han recogido, en razón del valor histórico que tendría, el

---

(1) **Trabajo leído en el *Instituto Popular de Conferencias* el 16 de julio de 1926.**

juicio desdoroso que sobre la actuación de Córdoba en la paz y en la guerra dejó caer un alto personaje de la República? (1) Y sin embargo, el análisis de esa actuación, en el área que ahora nos interesa, acaso borrase la mancha de aquel juicio y restableciese, en nombre de la ecuanimidad, las líneas del panorama histórico, asignando a las parciales regresiones y a los transitorios desfallecimientos de la opinión cordobesa el carácter de fenómenos generales, ligados a las peripecias de la entera organización nacional.

En rigor, no es de los historiógrafos de quienes debemos reclamar indulgencia para tratar de estas cosas. Al fin — sea dicho, con perdón, otra vez, de ellos — la verdad histórica está muy cerca de ser "un feliz accidente". Hay que buscar indulgencia en los que continúan viviendo, por el recuerdo o por la amistad, las situaciones y los momentos de aquella pugna en que se vieron envueltos, con los ejércitos contendores, gobernantes y partidos, caudillos y publicistas de cuatro naciones americanas. La pasión de esos hombres sigue prestando fuerza extraordinaria a circunstancias y antecedentes

(1) ZINNY: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, t. III, pág. 213; edic. de 1920.

que sin duda integran el cuadro que queremos recomponer, pero que no lo dominan. Si se exhumasen las lamentaciones gerundianas de la musa de don Laurindo Lapuente, a propósito de la alianza de la República con el Imperio despertarían aún, en ciertos espíritus, vibraciones simpáticas; y al lado de estas gentes hay quienes renuevan, contra la memoria de argentinos ilustres — cuyos errores no es necesario, sin embargo, disimular — notas infamantes, lanzadas hace más de medio siglo, en la embriaguez de los combates. (1).

La primera impresión del investigador es desconcertante. Lo interno y nacional se enlaza con lo externo e internacional en modo tan inextricable, que se estaría tentado de definir aquella contienda como una guerra civil hecha bajo banderas nacionales. ¿No es significativo, en efecto, que tanto la declaración de hostilidades que hace el Paraguay como la que formula la República Argentina se dirijan contra el gobierno respectivo

---

(1) LAURINDO LAPUENTE: *Las profecías de Mitre;* Buenos Aires, 1868; ID.: *¡Pobre Patria!*, Buenos Aires, 1868. —Véase, además, la noticia de ROJAS en su *Literatura argentina*, t. IV, pág. 433.

y no contra la Nación? [1] Y es que la opinión pública, en ambas márgenes del Plata, estuvo lejos de ostentar uniformidad y firmeza, lo que fué causa de engaño para el dictador del Paraguay, como lo fué, para la Alianza, la creencia de que la primera clarinada de la guerra sonaría en los oídos paraguayos como el anuncio de una liberación, que los súbditos de López estaban muy lejos de ambicionar.

En aquella época teníamos — también nosotros — una "cuestión de Oriente", que no por referirse a la Banda Oriental era una cuestión de palabras. Hay aquí cosas dignas de tentar la frivolidad y el ingenio de los que gustan de las aproximaciones históricas. Se sabe ya cuánto usó y abusó Solano López, en el curso de sus negociaciones con el Brasil y la Argentina, de la expresión "equilibrio del Plata", aplicando así, a estas regiones, el entonces vigente principio de la política internacional europea, discutido y sostenido a raíz de la guerra de Crimea. Pues bien: en el despacho del 17 de marzo de 1865, en que la comisión de represen-

(1) *Documentos relativos a la declaración de guerra del gobierno argentino al Paraguay*, **Bs. As., 1864 (?), imprenta de la "Nación Argentina."**

tantes paraguayos aconseja la declaración de guerra a la República Argentina [1] se señala una curiosa analogía entre la situación internacional del Uruguay en el concierto de los países del Plata, y la situación de Turquía con respecto al equilibrio europeo. La consecuencia de esta inesperada y nada inocente aproximación, venía a ser que el imperio del Brasil era el homólogo sudamericano del imperio de los Zares, cuya absorbente política, con respecto a Turquía, se vería entonces repetida con el avance cauteloso e incesante del Brasil sobre el Río de la Plata. Detengámonos, sin embargo, en este fútil sendero, y dejemos sin resolver la interesante cuestión de colegir si los redactores del dictamen asignaban "in mente" el papel de Napoleón III (cuyo aislamiento internacional, según es notorio, fué roto con éxito por la guerra de Crimea) al vanidoso autócrata de Asunción, empeñado en conquistar para sí y para su país una posición decisiva en las relaciones diplomáticas del Plata, o si cabía atribuir esa función al presidente Mitre, cuyo aislamiento respecto de

---

(1) Véase el *Dictamen* mencionado en el *Apéndice* del tomo I de la obra del teniente coronel JUAN BEVERINA: *La Guerra del Paraguay*, pág. 416; Buenos Aires, 1921.

los núcleos de la opinión provinciana podía hacerle mirar sin disgusto una lucha que acaso trajese la consolidación de la unión nacional y el afianzamiento de la política inaugurada en Pavón. Los hechos, en su espontáneo encadenamiento, se encargaron de despejar la incógnita: si Napoleón III estuvo contra Rusia, Mitre estuvo con el Imperio.

Esta política del ilustre general ha sido cien veces juzgada por argentinos y extranjeros, y él mismo procuró, en las postrimerías de la guerra, encontrar la palabra definitiva que hiciese inclinar en su favor el veredicto de la posteridad. En una polémica que causó impresión en su hora, contestando a Juan Carlos Gómez, el general Mitre dijo estas sintéticas palabras para refutar el reproche de "lacayos del imperio" que reeditaban los adversarios de su política: "La verdad es que el Brasil ha servido más a la política argentina y oriental que éstas a la brasilera, por cuanto para nosotros el peligro era más inmediato y más inminente y nos iba en ello el honor y la vida, mientras que para el Brasil iba más el honor que la vida", (1) síntesis que sería definitiva si no

(1) V. *Cartas polémicas sobre la Triple Alianza y la*

entrañase la responsabilidad de los estadistas argentinos por la deficientísima preparación militar con que la guerra nos sorprendió; hecho a primera vista inexplicable si el peligro paraguayo era tan inminente y visible. (1).

No hay que acudir a las impertinentes gafas del erudito para contemplar una vez más el problema de las causas de la guerra. Digamos sintéticamente que si la consabida manzana de la discordia parecía destinada a caer en Montevideo, es forzoso reconocer, al mismo tiempo, que el árbol que la produjo se alimentaba con las aguas del río Paraguay, objeto de larga desinteligencia entre las cancillerías del Janeiro y de la Asunción. El antagonismo entre Paraguay y Brasil por la dominación de aquella vía fluvial, antagonismo de que eran expresión militar las fortalezas de Humaitá y de Coimbra, define el punto de arranque de toda la contienda.

¿Cómo ocurrió entonces que la República

Guerra del Paraguay, por el general BARTOLOMÉ MITRE; Buenos Aires, 1871; Imprenta de la Soc. Anón. "La Nación."

(1) El general Mitre reconoció la falta de preparación militar de la República Argentina en la carta a Urquiza que figura en el t. II, pág. 116 del *Archivo del general Mitre*; Bs. As., 1911.

Argentina, cuyas disidencias internas le prefijaban una actitud de alejamiento de todo conflicto armado, se viese envuelta en la guerra más vasta que registran los anales de la América del Sud? Hay que recoger en política internacional, variándola ligeramente, la fórmula de la sabiduría popular alusiva al significado de las amistades, y hay que proclamar: "Dime con quién andas y te diré lo que arriesgas."

Ahora bien: en política no se es libre para elegir los puntos de apoyo: éstos son dados por los propios acontecimientos. La tendencia triunfante en Pavón buscó en los "colorados" del Uruguay y a través de éstos, en el Imperio, sus sostenes naturales frente a la tendencia vencida, que tenía también afinidades en el exterior. Hay más superficialidad que mala fe en reverdecer la teoría "heroica" de la historia para imputar a la acción de un solo hombre, por eminente que sea, situaciones y acontecimientos que son la expresión de estados de alma colectivos.

Así, a la luz de la psicología y desde el punto de vista argentino, la matriz de la guerra del Paraguay exhibe dos zonas diversas: una zona sentimental, constituída por las afinidades simpáticas entre los hombres de Buenos Aires y los "colorados" del

general Flores — que invadió la Banda Oriental en 19 de abril de 1863, — y una zona de reflexión y de inteligencia, regida por el pensamiento del doctor Elizalde en la cancillería, francamente orientado hacia la "entente" argentino-brasileña; todavía cabe añadir una tercera zona que, para mantener la elemental nomenclatura que venimos usando, podría llamarse imaginativa: es la representación, en los estadistas argentinos, de las consecuencias de una lucha afortunada. Por cierto, el general Mitre no deseó jamás la guerra; mas la vió venir sin disgusto cuando la comprendió inevitable. Ya anotaremos en seguida lo que a este respecto publicaba la prensa de Córdoba en mayo de 1865.

Dentro del artificio que comporta la formación de cadenas de acontecimientos para constituir las series históricas, resulta forzosamente lícito atribuir a algunos de ellos el valor de punto de arranque. En el caso, lo hemos concretado en las disidencias entre el Paraguay y el Brasil. En realidad, el verdadero adversario del Paraguay era entonces el Imperio. Es, pues, necesario preguntarse si la gestión exterior del gobierno argentino — gestión en cierto modo impuesta por el estado del país — no dió pábulo, en

alguna manera, a la belicosidad de Solano López, no ya por la tácita o expresa simpatía de los hombres de Buenos Aires hacia los "colorados"; no ya tampoco por los imprudentes ataques de la prensa oficial porteña, que antes de la agresión de López llegó a calificarlo de "Atila americano", sino por una definida y consciente política de acercamiento argentino al Imperio. En este supuesto, el desenlace dramático del conflicto llegaría como la conclusión de un gigantesco silogismo que podría concretarse así: "Todo el que está unido con el Imperio es enemigo del Paraguay; la República Argentina está unida con el Imperio; luego, es enemiga del Paraguay". Como si esto no bastase, el ministro uruguayo en Asunción, Vázquez Sagastume, había logrado convencer a Francisco Solano López de la existencia de un tratado secreto para el reparto del Paraguay y del Uruguay entre Brasil y Argentina. (1).

¿Qué movió entonces al ilustre vencedor de Pavón a buscar la inteligencia con el Brasil en 1864, antes de la ofensa inferida por

---

(1) L. SCHNEIDER: *A Guerra da Triplice Alliança* (con anotaciones de J. M. da Silva Paranhos, barón de Río Branco), en BEVERINA, *ob. cit.*, I, 94.

el autócrata paraguayo? No era, — como se pretendió luego — el temor al peligro que entrañaba el imperialismo inorgánico del dictador de Asunción: no se teme cuando se provoca, y la prensa oficial de Buenos Aires irritaba la vanidad de aquél con sus artículos inflamados; siendo todavía de advertir que el presidente argentino no debía tener una idea impresionante del poder de López cuando en carta de 17 de febrero de 1865 a Urquiza llega a decir que se comprometía a salvar el honor nacional aun con una sola de las provincias argentinas. Lo que le movió, sin duda, a esa "entente" fué tanto la persuasión de que haciéndolo consolidaba la situación internacional argentina, por una aproximación a la potencia reputada más fuerte y más orgánicamente desenvuelta de Sud América, como la de que así afianzaba su propia política, alejando el influjo de los "blancos" uruguayos, afines naturales de los hombres del Paraná.

En presencia de esto, no hay para qué entretenerse en trazar historias ideales, preguntándose si no hubiese sido preferible permitir que los adversarios tradicionales: Paraguay y Brasil, chocasen en los campos de batalla para debilitar de este modo al Imperio, cuyo influjo en el Río de la Plata no

cesaba de manifestarse en forma inquietante. (1). Fuera de la futileza que comportan aquellas representaciones de lo que debió ser, cabía replicar — como lo hacía el diario "La Nación Argentina" — que victorioso el Paraguay, se volvería fatalmente contra la República Argentina; que si se adujese—como contrarréplica—que en tal hipótesis lo que convenía era prepararse para el choque con el dictador, Mitre podía contestar con la indudable impopularidad de su presidencia en las provincias; y así, por un retorno a la situación interna del país, se habría encontrado, en definitiva, desde el punto de vista del vencedor de Pavón, la explicación del por qué se arrojó en los brazos del Imperio.

---

(1) Que las preocupaciones suscitadas por ese influjo tomaban a veces proyecciones desaforadas, al exteriorizarse por la pluma de escritores o periodistas interesados, se advierte en este párrafo de la obra de CHARLES EXPILLY titulada *Le Brésil, Buenos Ayres, Montevideo et le Paraguay devant la civilisation.* (París, 1866): "L'expédition de Florès, favorisée par Mitre, activement aidée par le Brésil, coincide d'une manière fâcheuse avec les pourparlers relatifs au mariage d'un prince de la famille d'Orléans. À cette époque déjà, on disait en Amérique, on répétait en Europe, qu'en s'unissant au comte d'Eu, l'Altesse brésilienne lui apporterait en dot la vice-royauté de l'Uruguay." Se alude, como se ve, al enlace de Luis Felipe de Orleáns con la princesa Isabel, hija mayor de D. Pedro II, el que se realizó el 15 de octubre de 1864.

Conviene insistir en estos antecedentes para comprender más tarde los sucesos que ocurrirán en Córdoba con motivo de las hostilidades. Los mismos antagonismos, idénticos recelos y pasiones que han de dividir a los hombres en el litoral, los dividirán en la ciudad mediterránea, con la sola diferencia de la mayor vinculación de algunos de los actores con los prohombres del maltrecho partido de la Confederación.

Que el general Mitre tenía una alta idea del Imperio, es indiscutible. Elizalde, su ministro de relaciones exteriores, al contestar en agosto de 1864 una interpelación de los diputados Ruiz Moreno y Alsina, proclamó enfáticamente que el gobierno argentino quería reaccionar contra el tradicional antagonismo hispano-lusitano en el Río de la Plata, inaugurando una era de estrecha amistad con el Imperio. Mitre estaba persuadido de que a pesar de las diferencias de régimen político y social entre nuestro país y el Brasil, existía entre ambos una real afinidad de cultura colectiva. Cinco meses más tarde, ya en guerra Paraguay y Brasil, el general abandonaba estas consideraciones sociológicas para acercarse al mundo de los intereses inmediatos de la Nación, y volvía a pronunciarse por la "entente" con el Bra-

sil. En carta al general Urquiza le expresaba que la política del miedo no era buena y que "por evitarnos una complicación con el Paraguay (al permitir el paso de sus tropas por el territorio argentino), la tendríamos con el Brasil y con la Banda Oriental, triunfante la revolución; y estos países — añadía — nos *pueden hacer mil veces más mal.* ahora y en todo tiempo, que el Paraguay. Por lo demás — concluía — no temo nada del Brasil ni del Paraguay; estoy muy lejos de mirarlos en menos, pero no me exagero su poder, y respecto del Paraguay, me parece ver muy claro en la marcha fatal que deben seguir los asuntos de la política y de la guerra en que se ha comprometido." (1)

¿Qué era lo que el general-presidente veía claro? No es fácil inferirlo. De todos modos, sin repetir las acostumbradas acusaciones de sus adversarios sobre el apoyo material que del gobierno argentino habría recibido la expedición revolucionaria de Flores, cabe limitar la apreciación de la política exterior del general Mitre a la "entente" que contrajo, antes de declarada la

---

(1) *Archivo del general Mitre*, t. II, pág. 103-5; Bs. As., — *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 34, pág. 137.

guerra, con los estadistas del Brasil. Podría decirse que si en 1864 la política exterior del gobierno de Montevideo puso su oriente en la Asunción, la del gobierno argentino lo situó en Río de Janeiro; y si los hombres de Montevideo tenían la promesa solemne de López — que trajo el doctor de las Carreras — de intervenir si el Brasil llevaba adelante sus amenazas contra aquéllos, el doctor Elizalde no cesaba de tratar directamente con los enviados del Brasil, cuyas vistas compartía y apoyaba sobre la base — bien entendido — del respeto a la integridad y a la soberanía uruguayas. Sin llegar a la alianza que propondría Paranhos y que Mitre rechazó, era la "entente". No hacía falta más para colmar la belicosidad de Solano López, cuya vanidad halagaban sus íntimos augurándole cercano el día en que daría de beber a su caballo de batalla en las aguas del río Uruguay. (1).

Los documentos son inequívocos. El consejero José Antonio Saraiva llegaba en mayo de 1864 a Montevideo con instrucciones de la cancillería imperial para que exigiese del gobierno blanco de don Atanasio Agui-

---

(1) JUAN L. CUESTAS: *Páginas sueltas*, t. I pág. 156. (Montevideo, 1897).

rre cumplimiento inmediato a las satisfacciones y reparaciones requeridas por el Imperio en razón de las persecuciones y abusos de que se quejaban los súbditos brasileños, sospechados o convictos de auxiliar a los "colorados" en la insurrección promovida por el general Flores. La perspectiva iba a tornarse amenazadora, pues el Brasil tenía 12.000 hombres, listos para avanzar, en la frontera de Río Grande. ¿Qué derecho podía invocar el imperio para intervenir militarmente en territorio extranjero, so pretexto de tutelar los intereses de sus súbditos en él? No es el momento de debatirlo; baste decir que esa intervención con su antecedente: la intransigencia del gobierno blanco (1) precipitaron la catástrofe; y como el gobierno argentino estaba íntimamente ligado con los estadistas del Brasil, la centella desprendida del cielo sombrío del Paraguay alcanzó e hirió a la República Argentina.

Saraiva trató empeñosamente de obtener la cooperación argentina, y tuvo éxito. Nada hay tan interesante como leer los do-

(1) V. L. MELIÁN LAFINUR: *Una página de los últimos días de la dominación del partido blanco* en *Revista Histórica*, Montevideo, setiembre de 1910.

cumentos relacionados con esa negociación, que exhiben al Brasil y a la Argentina ostensiblemente empeñados en pacificar a la Banda Oriental. En realidad, sin conseguir implantar la paz, se acercaban ellos mismos a la catástrofe. "Dime con quién andas y te diré lo que arriesgas" sostuvimos, pensando en la posición de la República Argentina. Así fué. Basta evocar la figura del consejero Saraiva, su aire cauto y ponderoso, su mirada profunda, la impresión de firmeza que de su persona emanaba para comprender cuán bien supo medir el alcance de su misión y cómo le fué fácil obtener el apoyo del gobierno argentino para sus gestiones. (1).

A los veinte días de llegar a Montevideo, Saraiva escribía a los hombres de Río: "Paréceme de gran conveniencia inspirar al general Mitre la mayor confianza. Buenos Aires no alcanzará nunca a dominar al Estado Oriental, y menos a ejercer una influencia funesta para el Brasil, salvo si carecemos de diplomáticos que comprendan y vigilen nuestros intereses. Sin alianzas todo nos

---

(1) El retrato del consejero Saraiva se ha publicado en la *Revista Histórica* de Montevideo, pág. 440, t. V., año 1912.

contrariará; con la alianza de Buenos Aires, todo será fácil.'' ([1]).

Poco después, el 6 de junio, llegaba el ministro Elizalde a Montevideo en misión oficial, para cooperar en los planes de pacificación que decía traer Saraiva; y éste, en nota de 9 de junio sintetizaba el resultado de la entrevista en los siguientes términos:

''El señor Elizalde declaró que se hallaba dispuesto a no separarse del gobierno del Brasil en el cual confiaba, por ser un gobierno serio y presidido por un soberano de gran mérito''; todavía en nota de 5 de julio, el enviado imperial dejaba constancia, con regocijo, de que en esa emergencia ''los intereses del Brasil eran más homogéneos con los de la República Argentina''. Así se llegó al protocolo de 22 de agosto de 1864, que dentro de la vaguedad de sus cláusulas es el feliz coronamiento de todas las gestiones realizadas por Saraiva para llegar a la

---

([1]) V. *Correspondencia e documentos officiaes relativos a Missao Especial do Conselheiro José Antonio Saraiva ao Río da Prata em* 1864 (Bahía, 1872; 192 págs.); pág. 27.

Véase también: *Documentos Diplomáticos: Misión Saraiva;* Montevideo; imprenta de ''La Reforma Pacífica'', 1864.

"entente" argentino-brasileña en los asuntos del Uruguay.

Notad que la obra de acercamiento argentino al Brasil, o de atracción argentina por el Imperio, tuvo una raíz intelectual y otra afectiva. Ya hemos dicho que el general Mitre, reflexionando sobre las condiciones de cultura y de sociabilidad que ofrecía la nación brasileña, se decidió por una franca gestión en pro de la intimidad entre ambos gobiernos y de la fraternidad entre ambos pueblos. En cuanto al aspecto afectivo, ¿quién podía negar las simpatías que el general Flores y sus "colorados tenían en el partido dominante en la República? (1) Basta recordar que Flores, Paunero, Rivas, Arredondo y Sandes, vinculadísimos con los hombres de ese partido, eran orientales, y que el jefe de la revolución "colorada" había estado en la batalla de Pavón, había ganado la acción de Cañada de Gómez y cooperado en la estabilización del régimen triunfante en Buenos Aires. Ambas corrientes: la intelectual y la

---

(1) **Saraiva anotaba: "Estou convencido de que pesan muito no animo dos homes influentes em Buenos Ayres as sympathis que Flores tem na Republica Argentina." Pág 19, *ob. cit.***

afectiva confluían en la misma política de acercamiento e intimidad con el Imperio; y si la primera,—idealista—se inspiraba en el designio de abandonar — como lo proclamó el ministro Elizalde — el fácil pero tortuoso sendero del antagonismo hispano-portugués, la segunda — realista — buscaba afianzar en Montevideo la situación surgida después de Pavón. Por una vía o por otra, la "entente" argentino-brasileña alcanzaba su plena realización.

La solidaridad entre ambos gobiernos — sin alcanzar las formas de alianza — es tan indudable y tan firme, que ha perturbado el criterio de los historiadores cuando han llegado a plantearse el problema de quién aprovechó más en esa "entente". En el libro — ciertamente unilateral — de Victorica sobre "Urquiza y Mitre" se afirma que "López declaró la guerra al Brasil porque el imperio, al aliarse con Flores, servía la política del gobierno argentino, que había facilitado la invasión de ese caudillo al Estado Oriental." [1]. En cambio, el ex-presidente uruguayo Cuestas, escribe que "el Brasil veía venir la guerra con el Paraguay" y "se alió con el general Flores por-

---

(1) VICTORICA: *Urquiza y Mitre*, pág. 287, ed. 1918.

que así convenía a sus intereses y nada más.'' ([1]). Los que tengan alguna noticia de lo que fué la diplomacia del Imperio no vacilarán entre estas dos opiniones. Sea como sea, lo que importa ahora es imaginar lo que pensaría la cabeza del impulsivo e iluso Francisco Solano López, en presencia del acuerdo argentino-brasileño. Impuesta con Flores en Montevideo y desalojados los ''blancos'' del poder, ¿no se volvería la ''entente'' contra el Paraguay?, se preguntó, acaso, el dictador de Asunción, transformando así la pregunta que los diarios porteños formulaban, ante la hipótesis de una victoria del Paraguay sobre el Imperio. No se olvide que los enviados del gobierno ''blanco'' en Asunción no cesaban de intrigar al autócrata y hasta le habían persuadido — como lo dijimos — de que entre la República y el Imperio existía una alianza secreta para repartirse el Uruguay y el Paraguay.

Es hora de abandonar el recuerdo de estos antecedentes, necesarios, no obstante, para percibir la atmósfera, — encrespada de pasiones, de desconfianzas y de odios —

([1]) J. L. Cuestas: *Ob. cit.*, t. I. pág. 159 — Montevideo, 1897.

en que se mueve la opinión argentina de aquellos tiempos. Aprovechemos, por última vez, los frutos de la sagacidad y de la diligencia del consejero Saraiva a fin de tener un indicio concreto y verídico del estado político del país, en relación con los antecedentes que acabamos de resumir. En nota fechada el 25 de julio, el enviado imperial escribía a su gobierno lo que sigue: "Los partidos, en las dos repúblicas, tienen afinidades que los aproximan y casi los identifican. La opinión que hoy gobierna a la provincia de Buenos Aires y a la República Argentina ve en el triunfo del partido colorado, en Montevideo, una garantía y una comunidad de ideas que pueden asegurar la permanencia de su régimen en ambas márgenes del Plata. En oposición a éste, el partido federal, hoy sin gran influencia en la Confederación, simpatiza con los blancos de Montevideo, en cuanto éstos, no esperando auxilio de la situación dominante aquí, procuran hallarlo en el Paraguay..." [1]. En cuatro líneas, tal era la perspectiva para un ojo mucho menos zahorí que el de Saraiva.

Hay episodios que el historiador está en

(1) SARAIVA: *Correspondencia* cit. pág. 74.

el deber de guardar, porque adquieren un valor equivalente al que tienen para el geólogo, las materias enfriadas después de una erupción volcánica. El doctor Estanislao S. Zeballos, cuyo nombre no puede ser pronunciado aquí sin emoción y sin recogimiento, solía referir la escena que presenció en su niñez a los pocos días de romperse las hostilidades con el Paraguay, en la embrionaria ciudad de Rosario, que protegida por la ley de derechos diferenciales se había afianzado entonces y ensayaba el vuelo magnífico de su ascensión comercial. Una noche en que él y otros niños recorrían las calles de la población, encontraron un grupo diminuto de ciudadanos que en son de manifestación popular y encabezados por una banda de música, daban vivas a la patria y mueras al tirano del Paraguay. Llegada la "manifestación" (la llamaremos así) a la plaza principal, alguien tomó la palabra y anunció al pueblo que al día siguiente llegarían a Rosario los contingentes de Buenos Aires, y que juntos, rosarinos y porteños, marcharían a lavar la afrenta inferida al pabellón nacional; y entonces, traduciendo la impresión que dominaba en el grupo, una voz gritó: *"No necesitamos de los porteños para*

defender el honor de la patria!" ([1]) Unid ahora este episodio a la altiva decisión con que el general Mitre, en su recordada carta a Urquiza, se ponía en el caso de tener que defender el honor de la República con una sola de las provincias, y os bastará para apreciar la situación y el momento.

¿Y Córdoba? La por antonomasia "doctoral" ciudad de los argentinos vivía entonces horas excepcionalmente agitadas. Después de la revolución del 27 de abril de 1852 contra el famoso dictador López — popularmente llamado "Quebracho", a causa de los verdugones de su rostro — cuyo perfil ha trazado con tanta maestría Arturo Capdevila en las "Vísperas de Caseros", las clases sociales de Córdoba se habían dividido en dos partidos, llamados "ruso" y "aliado", denominaciones que en cierta campaña electoral les dió el talento chispeante del doctor Justiniano Posse, por alusión a la guerra de Crimea. Los "rusos", buscaban inspiración en el doctor Derqui y en los hombres de la Confederación. Todo

---

([1]) ZEBALLOS: *Discurso* pronunciado en el Prince George's Hall, de Buenos Aires, el 14 de mayo de 1910. (en "Revista de Derecho, Historia y Letras", Buenos Aires, t. 36, pág. 454).

les sonreía: Habían aclamado al general Urquiza en el apogeo de su gloria, y la figura varonil del héroe,—pulcro en su frac azul con botones dorados, fascinador en el brillo y la energía de su mirada — no se había borrado de la memoria de los que le vieron en Córdoba a principios de 1854 ([1]); tenían, además, el concurso de las masas populares, y eran dirigidos por caudillos de arrastre: sí; sólo que a fines de setiembre de 1861, cuando las quintas de la ciudad empezaban a sentir el despertar de la primavera, graves noticias llegaban de la campaña, y muy pronto los fugitivos del ejército que había levantado el doctor Derqui confirmaron la noticia: Mitre acababa de vencer en Pavón. Era el eclipse de los "rusos". Los "aliados" quedaban dueños de la situación.

Mas los "alíados" — ley de la política es la división de los partidos triunfantes — se dividieron a su turno en "liberales" o nacionalistas, que secundaban las miras del feliz vencedor, y en "ultra-liberales" o autonomistas, que en parte las resistían. "Ru-

---

([1]) No hemos hallado otro antecedente sobre la visita de Urquiza a Córdoba que el consignado en la *Compilación* de las leyes y decretos de Córdoba, t. I, pág. 198. — La menciona también RODRÍGUEZ en su *Sinopsis histórica de la provincia de Córdoba*, pág. 164. Bs. As. 1907.

sos", "liberales", "ultra - liberales" ... "hombres de Buenos Aires... "hombres del Paraná"; expresiones hoy descoloridas de fuertes disidencias que se apagaron, a las que no hay que acercarse, sin embargo, con la frivolidad que nos lleva a contemplar distraídamente las viejas armaduras que se exhiben en los museos. La historia tiene siempre un carácter sagrado, y es malo sonreír ante las cosas sagradas.

¡Los hombres del Paraná! ¿Habéis leído las "Memorias de un viejo", de Víctor Gálvez? Hay en ellas un desfile — muy rápido, es cierto, pero muy animado — de los graves y solemnes personajes que rodeaban al general Urquiza en el ambiente modesto que cuadraba a la existencia de aquel gobierno sin rentas, instalado en la quieta capital provisional de una nación que luchaba por su integridad. Hábilmente enmascarado detrás de aquel seudónimo, el ilustre don Vicente G. Quesada, nos va presentando al vencedor de Caseros; al doctor Santiago Derqui — gran tomador de mate y gran lector de novelas; — al laborioso doctor Fragueiro; al doctor Gorostiaga, carácter altivo y mente nutrida; a Rawson, a del Carril, a Paz, a Zuviría, a del Campillo y a tantos otros. Dos figuras que en Córdoba tenían ya

(y acentuaron después) actuación distinguida, cruzan fugazmente en ese cuadro: los doctores Justiniano Posse y Mateo Luque. Este, que presidía entonces el círculo del ministro Derqui, fué, con el doctor Guzmán, uno de los inspiradores de la tendencia que simpatizaba con los principios del partido federal o de la Confederación: los "rusos" de nuestro esquema anterior; mientras que el doctor Posse encabezó la fracción del partido liberal que se llamó "autonomista". Quedó para don Félix de la Peña, acreditado comerciante, la jefatura de la otra fracción del partido liberal, la "nacionalista", estrechamente vinculada a los sostenedores de la situación creada a raíz de la batalla de Pavón. (1).

Eran tiempos duros. Se había visto al gobernador don Fernando Félix de Allende, delegado del presidente de la República y comisionado nacional en Córdoba, doctor Derqui, disolver la legislatura por un decreto que lleva la firma de Jerónimo Cortés como ministro. El reputado jurista debió firmarlo temblando; había dado su dimisión para no solidarizarse con el gobernador, y

---

(1) M. D. Pizarro: *Crónica política*, pág. 39. Córdoba, 1909.

se hizo cargo otra vez del ministerio, sólo para consumar el sacrificio y renunciar en el acto, definitivamente. (1). Se había visto al mismo gobernador-delegado desterrar a los jefes de la oposición, que se refugiaron en Paraná y en San Luis. El propio presidente de la República, en el breve tiempo que desempeñó el gobierno de la provincia, removió una serie de funcionarios desafectos a la Confederación. ¿Debía sorprender que derrocado el gobierno de Allende por un movimiento armado y abiertas las puertas de Córdoba al ejército de Buenos Aires que mandaba el general Paunero, éste hiciese sentir el peso de su espada en las querellas entre las banderías locales?

---

(1) El único antecedente oficial del paso del doctor Cortés por el ministerio es el que documenta el mencionado decreto, inserto en la pág. 195 del t. II de la *Compilación de leyes, decretos, acuerdos de la Excma. Cámara de Justicia y demás disposiciones de carácter público dictados en la provincia de Córdoba desde* 1810 *á* 1870, acabada de citar; (Córdoba, imprenta del Estado, 1870). — Véase, además, RODRÍGUEZ: *Sinopsis histórica de la provincia de Córdoba;* Buenos Aires, 1907; pág. 168. Debe recordarse que en la fecha del decreto, el Dr. Cortés tenía sólo 28 años, pues había nacido en 1833. En el prólogo, escrito por L. LÓPEZ CABANILLAS a la *Exposición de la reforma constitucional sancionada en* 1870, por Cortés, no se alude al ministerio de éste.

La actuación del general Paunero, fuertemente orientada en favor de la fracción nacionalista que encabezaba el señor de la Peña, fué antipática a la masa, donde ardía un exaltado sentimiento de autonomía local. Con todo, las armas de Buenos Aires imponían respeto y miramiento, y el pueblo hubo de contentarse con festivas alusiones al general, cuyo aire imponente, agravado por la característica barba sacerdotal, chocaba con el cascabeleo de la musa popular. En las reuniones domingueras, los pardos y artesanos de la ciudad bailaban una habanera cuya letra satirizaba inofensivamente al general:

En la plaza venden "sándias"
Y en la recova, melones;
Y en las barbas de Paunero
Hacen nido los ratones.

Siguiendo el estilo de los tiempos, el bravo soldado creyó del caso intervenir en la muy venerable Universidad y exoneró de las cátedras que en ella desempeñaban a los doctores Cortés y Villada, por no reunir — reza el decreto — "condiciones de ilustración, patriotismo y adhesión al nuevo orden de cosas creado en la República." (1). No

(1) *Compilación* cit., II, 207.

llegó a más la acción de Paunero en favor del "nuevo orden de cosas creado en la República"; y a pesar de sus esperanzas y de sus esfuerzos, no pudo impedir el triunfo de la candidatura a gobernador del doctor Justiniano Posse, que resultó electo.

Poco después, el horizonte internacional comenzó a enfoscarse. El general Flores había invadido la República Oriental, sublevando las campañas, y la cruz punzó de las banderolas de su tropa se imponía a las fuerzas del gobierno en el combate de Coquimbo (con la invasión de Flores, el destino había puesto en libertad la chispa que dos años más tarde produciría la bélica explosión). Ocho días después del éxito militar de Coquimbo, el gobernador Posse — cuya obra administrativa fué obstaculizada por las querellas con los "rusos" y con la fracción nacionalista de los "liberales" — era depuesto por una revolución iniciada por el famoso sargento Luengo. ¡Qué figura representativa la de Luego en el cuadro tristemente carnavalesco de las revueltas cordobesas! Con su gorra de manga, su blusa y su fusil terciado proclamó, en la puerta de la cárcel, después de libertar a los presos, que había hecho la revolución "contra el tirano Posse y a favor del invencible

capitán, general Urquiza''. Fueron quince días de zozobra para Córdoba. La marea campesina había llegado a su ''máximum'' y el ''Chacho'', asomado triunfalmente al balcón del Cabildo sintetizó en ese momento, frente a la humillada Universidad, toda la filosofía de la historia argentina, tal como Sarmiento la había descubierto veinte años atrás. (1). Al fin, Paunero y Sandes derrotaron al ''Chacho'', y las lanzas de la caballería del temible coronel uruguayo, empapadas en la sangre de centenares de ''rusos'', anunciaron el final de la aventura y el restablecimiento de Posse en el gobierno.

No duró mucho en él. Al mes de repuesto renunciaba su cargo. Se sintió desdeñado y presionado por Paunero, a quien en su nota de dimisión llama ''el hombre que hoy humilla a Córdoba''. Así vino a la primera magistratura de la provincia don Roque Ferreyra, persona ''de pocas y trabajosas palabras'', según la expresión del doctor Rawson y de un optimismo tan resuelto, que en prenda de su adhesión al poder central había llegado a pedir al presidente Mitre que le enviase al propio doctor Rawson para nombrarlo ministro de su gobierno. (2).

---

(1) ZINNY: *Op. cit.*, t. III; pág. 189; ed. 1920.

(2) *Archivo del general Mitre*, t. I, pág. 249.

Córdoba era entonces una aldea que no alcanzaba a contar treinta mil almas. [1] Imaginadla tendida a la vera de su río, con sus calles enarenadas, pues el lujo de la piedra sólo alcanzaba para alguna de las más inmediatas a la plaza; con el clásico paseo —delicia y orgullo de la ciudad—poblado de acacias frondosas y de rizados y melancólicos sauces, cuyas ramas caían sobre el lago diminuto; con su lánguida vida social, marcada por el ritmo uniforme de las tertulias familiares, de la retreta bajo las galerías del Cabildo o en el centro de la plaza, de algún baile en el Casino Comercial y de las reuniones dominicales en el paseo, cuyas limpias y parejas avenidas se animaban cuando la banda de música acudía a suavizar las pasiones de la política y aliviar de las preocupaciones del momento; con su universidad, que empezaba a sentir ímpetus de modernización; en fin, con la imborrable fisonomía conventual que le daban sus muchas cúpulas y torres, acentuada por la noche

---

(1) Este cálculo parece conforme con los resultados del censo de 1869, que asignan a Córdoba una población urbana de 28523 habitantes y una rural de 5935, dando así un total de 34458 habitantes: V. *Apuntes estadísticos sobre la provincia de Córdoba, para la exposición nacional de* 1871; Córdoba, imprenta del Estado.

con la iluminación a vela de los faroles, sólo sustituída por el petróleo a fines de 1866.

El ferrocarril era todavía una esperanza. En abril de 1863 el presidente Mitre se había trasladado a Rosario e inauguraba los trabajos del Central Argentino. Entre tanto, Córdoba se comunicaba con Rosario por la diligencia de los lunes y viernes; con Cuyo por la del miércoles; con el Norte, por la del jueves y con Catamarca y La Rioja, por la del sábado. Como nunca perdió Córdoba la fama de sus aulas universitarias, todo progreso de los medios de comunicación comportaba una mayor afluencia de estudiantes. Habría entonces no menos de cuatrocientos.

La ciudad ya contaba con teatro. Alguna compañía, de paso para Buenos Aires, obsequiaba a los intelectuales con el ineludible repertorio romántico de dramas de costumbres, petipiezas y melodramas, en el que al lado del "Tenorio" y de "Margarita de Borgoña" no faltaban las "Borrascas del corazón" y las "Dulces cadenas" de autores de fama convencional.

Tal era la fisonomía de aquel pueblo donde los hombres que acababan de hablar mal de un López iban a empezar a hablar mal de otro López; esta vez, en medio de la esqui-

vez y de los rezongos de muchos. No olvidemos un detalle importante: Había ya diarios desde 1855. Antes de esta fecha, la única imprenta que existió en Córdoba — la de la Universidad — sólo publicaba hojas de vida incierta. Después de "El Imparcial", que es, cronológicamente, el primer diario cordobés y el tercero de la nación, aparece el "Eco de Córdoba", dirigido por dos espíritus de ilustración y de lucha: los señores Luis e Ignacio Vélez. El influjo de estos destacados periodistas fué considerable en la orientación de la política y de la cultura locales. (1).

Abramos la colección de "El Eco" en el número correspondiente al primer día de 1865. Nos reciben palabras augurales llenas de esperanza. "Paz, agua y grandes sementeras: esas tres cosas que simbolizan la riqueza del país, es lo que divisamos al volver la vista hacia cualquier punto de la campaña". ¡Ilusiones generosas! En marzo, una revolución fracasada hacía caer trágicamente al ex-gobernador Justiniano Posse, y el hecho causó tal agitación en los círculos

---

(1) V. M. E. Río: *Córdoba* (colaboración en el número extraordinario, conmemorativo del centenario de la revolución de Mayo, del diario "*La Nación*", de Buenos Aires).

sociales, que el doctor Rawson fué enviado por el gobierno nacional como interventor. El eminente ministro del Interior llegaba malhumorado, y pronto la ciudad le parecerá "una cueva", según lo estampa en una de sus cartas al presidente. (1). En cuanto al señor Ferreyra, tuvo un amargo despertar: el ángel custodio de su sueño de gobernador se le convertía, de golpe, en un adusto juez, lleno de prevenciones y reservas.

Al mismo tiempo, el horizonte internacional tornábase cada vez más oscuro. Las palabras de sabor sibilino que antes hemos extraído de la carta de 17 de febrero, dirigida por Mitre a Urquiza, continúan intrigándonos: "Me parece ver muy claro en la marcha fatal que deben seguir los asuntos de la política y de la guerra en que se ha comprometido (el Paraguay)", había escrito el presidente. Por fortuna, nuestra perplejidad se desvanece. He aquí otra carta,—"reservadísima",—que don Andrés Lamas dirige al doctor Florentino Castellanos, amigo del presidente uruguayo señor Aguirre, con fecha 5 de octubre de 1864. En ella, Lamas se esfuerza por hacer adquirir al gobierno "blanco" de Montevideo el verdade-

(1) *Archivo del general Mitre*, t. I, pág. 315.

ro concepto de la situación, que a su juicio era entonces gravísima. Luego de anunciar que Flores marchaba con el grueso de sus tropas sobre Montevideo, y que la escuadra brasileña operaría también sobre dicha capital, añade textualmente: "Si se mueve el Paraguay, la República Argentina le cerrará el paso. He tomado anoche estas noticias. "de la mejor fuente". Así, cinco meses antes de la ruptura oficial de las hostilidades, los diplomáticos de ambas márgenes del Plata comprendían muy bien en qué iba a parar la labor de dos años de negociaciones, de mediaciones y de conferencias. (1).

Pesadas ráfagas anunciadoras de la tormenta llegaban hasta Córdoba. "El Paraguay nos provoca" titulaba "El Eco" su editorial del jueves 20 de abril. Dos días después, en la tarde del 22, la diligencia del Rosario difundía la noticia de la agresión de López y de la toma de Corrientes, que ya era conocida en Córdoba por algunos personajes. El aire de la ciudad vibró con la voz de las campanas echadas a vuelo, y muchos debieron imaginar, en ese tibio atardecer del otoño cordobés, que las viejas disiden-

(1) *Revista Histórica;* Montevideo, t. V, pág. 455, año 1912.

cias quedaban anegadas como en un remanso de recogimiento y de solemnidad. Cuando la noticia fué oficialmente confirmada, se organizó una "serenata" (como entonces se decía) que salió de las galerías del Cabildo y se dirigió a casa del ministro Rawson, encabezada por el gobernador Ferreyra, en medio de marchas militares, cohetes y aclamaciones. Al lado del doctor Rawson se hallaba el ministro nacional de instrucción pública, doctor Costa, que acababa de llegar de su visita a los colegios de Cuyo. Después que ambos hicieron uso de la palabra, habló el gobernador, y sucesivamente, los señores Ocantos — secretario de Rawson — Bouquet y Mansilla.

Basta leer cualquier documento de la época para percibir cuán exactamente se reflejaban en la opinión cordobesa las resistencias y reservas de la opinión nacional. Tampoco en Córdoba fué popular la guerra; mas — hay que declararlo expresamente — sus batallones, a pesar de tal cual episodio desdoroso, pusieron en alto el honor de la provincia; y los nombres del coronel Agustín Olmedo, de Benjamín Domínguez, de Sosa y de Palacios, salvados del olvido en los partes militares de aquellos encuentros memo-

rables, hablan de la contribución de Córdoba en la empresa. [1].

Pero nada indicaba que la situación en Córdoba fuese, al principio, mejor que en el resto de las provincias. Los señores ministros se marcharon juntos a Buenos Aires, llenos de preocupaciones. Rawson, en particular, acababa de pasar un mes en contacto con los prohombres de la "docta" y no ocultaba sus recelos. En una de sus cartas al presidente le anticipaba sus impresiones pesimistas: "en caso de que la guerra del Paraguay nos traiga complicaciones internas, decíale, Córdoba no puede servirnos sino como un motivo de inquietud. Un Luengo o X pueden entregar la provincia a nuestros enemigos". Terminaba, sin embargo, participándole que los "rusos" le habían hecho muy decididas y espontáneas manifestaciones de adhesión al gobierno nacional, "para todo evento". Así era. No faltaron "rusos" de la clase popular que si bien lamentaban que en tan crítica situación el país estuviese presidido por un "salvaje unitario", se aprestaban a marchar con los primeros contingentes.

---

(1) V. *Partes oficiales y documentos relativos a la guerra del Paraguay*; Bs. As. Imprenta Americana, 1871.

Con todo, lo mejor era esperar. Convenía saber, ante todo, qué iba a hacer el general Urquiza. ¿Ofrecería su espada al presidente para castigar al invasor? Mientras la incógnita se despejaba, recrudecieron entre los "rusos" las censuras a la política exterior del general Mitre y a la inminente alianza con el Brasil, en particular. Acaso, acaso, la entente precursora de esta alianza era fruto perverso de la masonería, omnipotente en Buenos Aires y en Río de Janeiro. Lo cierto es que el gobernador Ferreyra, que al fin respiraba con mayor libertad, se entregó de lleno a la obra de cooperar con el gobierno de la nación en la preparación del ejército destinado a batir a los paraguayos. Por de pronto, se había creído en el caso de lanzar una proclama cuyas palabras finales resultaban un remedo — tan entusiasta como el original — de la célebre arenga en tres tiempos con que el presidente de la República había despedido una "serenata" en Buenos Aires, pues el gobernador concluía: "¡Ciudadanos: a las armas hoy, mañana al combate y al siguiente día a la victoria!" (1): estimulantes que a pesar de su

(1) El general Mitre mismo, en la recordada polémica con Juan Carlos Gómez, relata cómo, a raíz de una "se-

sana retórica de circunstancias apenas conmovían la fibra patriótica de los ciudadanos.

Es necesario insistir en lo dicho: Córdoba, con la sublevación de sus contingentes y en especial, con la del batallón "Córdoba libre" (especie de guardia cívica de la autonomía local o de guardia pretoriana, según la posición del que juzgue), que se insubordinó el 30 de noviembre al ser llamado como batallón de reserva, no fué una excepción en el cuadro general de los aportes provincianos a la guerra. La palabra de Mitre — que siempre habrá que escuchar, por venir de quien viene y por referirse a un acontecimiento al que por fuerza se vió tan vinculado,—es aquí decisiva. A raíz de la sublevación del contingente de Salta, el general-presidente escribía a Gelly y Obes, en marzo de 1867, diciéndole que había creído que "esos individuos iban a ser la excep-

---

renata" popular que recibió en su casa, al lado del gobernador de Buenos Aires, don Mariano Saavedra, lanzó la famosa arenga que tanta amargura le trajo: "*Mis amigos* — dijo: *Ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos a combatir por nuestra patria. Ahora, a ocupar cada cual su puesto de combate, y sea el orden del día: en 24 horas al cuartel, en 15 días a campaña, en 3 meses a la Asunción.*" — (4ª. carta).

ción de los contingentes que nos han enviado las provincias'', pero que ''mostraron también la hilacha, amotinándose''. ([1]).

El señor Ferreyra, a pesar de su natural honhomía, no estaba ahora satisfecho. Vagamente advertía los peligros que continuaban rodeándolo, aun después de la partida de Rawson. La guerra no lo había consolidado en su posición. Después de haber perdido el concurso de hombres tan socialmente representativos como don Mateo Luque y don Benjamín de Igarzábal, había acudido al jefe de los ''rusos'' y su antecesor en el gobierno en 1855, doctor Guzmán, ofreciéndole un ministerio que fué rehusado. Se resignó a buscar el apoyo que necesitaba, en el gobierno nacional, cuya confianza procuró ganar a fuerza de celo y actividad en los preparativos impuestos por la guerra.

Nuevas decepciones le esperaban. Ni la proclama del gobernador ni la propaganda de ''El Eco de Córdoba'', producían el efecto deseado. La provincia debía entregar a la nación, en mes y medio, un contingente de doscientos hombres para la remonta de los cuerpos de línea; además, debía aportar un

---

([1]) *Archivo del general Mitre*, t. III, pág. 109. — Buenos Aires, 1911.

batallón (después fueron dos) de guardias nacionales de quinientas plazas; finalmente, un batallón de reserva, también de 500 hombres. Llegó el 7 de junio y el gobierno no había entregado ni la mitad de los guardias nacionales pedidos, ni un solo hombre del contingente de línea. [1]. La irritación de los "liberales" adquirió relieves patéticos. ¿Era posible que de un pueblo de mercaderes, como el Rosario, donde la guerra despertaba verdadero entusiasmo, viniese el ejemplo, tan luego para la capital intelectual de la República? ¿Podía soportarse, sobre todo, que la provincia no dispusiese de setecientos hombres para enviarlos en defensa del suelo de la patria cuando cuatro años atrás Derqui había reclutado un ejército de ocho mil cordobeses para lanzarlo contra la caballería de Mitre en Pavón?

Los ricos utilizaban "personeros" que eran contratados en las barracas de Peña-

---

(1) La situación política del país explica los débiles requerimientos de la autoridad nacional a las provincias. "Dado el efectivo total de la Guardia Nacional, que se calculaba que tenía la República Argentina en 1865 (180000 hombres) resultaba del todo insignificante el contingente pedido al país para emprender la guerra contra Paraguay. Apenas el 6 % de ese efectivo total era llamado a las armas..." escribe BEVERINA: *Ob. cit.*, II, 101.

loza y de Tarrio y que reemplazaban a los sorteados; los pobres procuraban obtener la excepción del servicio militar. A mediados de julio, pasaban de doscientas, sólo en la ciudad, las solicitudes de excepción. El gobierno se alarmó. Para colmo, él mismo, al excluir del sorteo que debía practicarse entre los cuerpos de la guarnición, para formar el contingente de guardias nacionales, al batallón "Córdoba libre", imagen militar de la autonomía de la provincia, aumentó el disgusto con esto que fué juzgado un acto de parcialidad y de injusticia. Se estaba tentado de pensar que en un suelo envenenado por la discordia, el laurel del coraje nacional ya no podía reverdecer.

El héroe de Caseros había ofrecido su espada al presidente de la República, y éste había proclamado, jubilosamente: "Recogemos el fruto de una gran política". ([1]). Sin embargo, la hora de la unión de los corazones no llegaba; y no era, por cierto, porque faltasen estímulos oportunos. ¿Era, acaso,

---

([1]) La actitud del general Urquiza queda definitivamente fijada con la publicación de dos cartas inéditas reveladas por el DR. ANTONIO SAGARNA (véase *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 68, pág. 188) en la conferencia que sobre Urquiza leyó en Paraná, el 10 de noviembre de 1920.

que hablaba la voz de la sangre, esto es, la voz de la Colonia, y que la masa, instintivamente, se sentía más cerca del pueblo paraguayo y rechazaba, también por instinto, la alianza con el imperio?

La guerra despobló un poco los claustros de la Universidad, y maestros y alumnos cumplieron con su deber del mejor modo posible. Apenas se produjo el conflicto, una entusiasta asamblea de más de doscientos estudiantes, presididos por el rector, se reunió en una de las salas del instituto... La palabra del profesor Luis Cáceres, tan combatido en su larga actuación pública, que remontaba al gobierno de López "Quebracho", de quien fué embajador ante Rosas [1] y los discursos de los jóvenes Marcos Paz, Luis Méndez, Nicanor González del Solar y Bonifacio Lastra, llevaron a la atmósfera habitual de la casa un poco del calor de la vida circundante. Días antes el juez federal doctor Laspiur, el rector de la Universidad, doctor Vázquez, el del colegio de Monserrat doctor Cabanillas y los catedráticos de ambos institutos, señores Luis y

---

(1) Véase la alusión que sobre esto trae ARTURO CAPDEVILA: "*Las vísperas de Caseros*, pág. 109. — Buenos Aires, 1922.

Santiago Cáceres, Laureano Deheza, Cayetano Lozano, Felipe Cortés Funes, Julio Rodríguez, Inocente Cárcano y otros, renunciaron al diez por ciento de sus sueldos en beneficio del apurado tesoro de la nación. En fin: los colegiales del Monserrat organizaron una representación teatral dada por ellos mismos para costear *ponchos* al primer contingente que se estaba formando, y en el que prevalecía el elemento campesino, tan miserable y mal traído; los buenos muchachos obtuvieron, si no aplausos frenéticos, plata contante y sonante; recaudaron la para entonces imponente suma de trescientos cincuenta pesos. Uno de esos jóvenes, el que más tarde fué el respetable doctor José Echenique, arrancaba a su lira bisoña acentos apocalípticos contra Solano López:

Y para vos, tirano, verdugo de Corrientes
También pido a Satán del averno mil rayos,
Para vengar tu sangre, víctimas inocentes,
Y libertar por siempre al pueblo paraguayo.

Esto, en el área de la cultura universitaria. En la zona del periodismo, hemos notado los esfuerzos de "El Eco de Córdoba" para hacer popular la guerra y por rodear

de respeto al gobierno de la Nación; pero ya escucharemos, en 1867, los agrios reproches que otro diario — "El Progreso" —, fundado por el meritorio periodista, don Ramón Gil Navarro, lanzará contra "la gran política", como desdeñosamente llamaban sus adversarios a la del general Mitre. Ahora, estaba empeñado "El Eco" en presentar la guerra como un acontecimiento feliz para los destinos de la nacionalidad; así se le ve aludir, en el número correspondiente al 12 de mayo, a una carta recibida de Buenos Aires, en la que después de mencionarse la firma del tratado de alianza, se agrega: "Mitre está embriagado de júbilo ante las perspectivas que le ofrece la guerra, y nos decía en un te que nos dió: "ganaremos con la guerra más que con la paz". Era un grano de optimista filosofía de la historia, arrojado a la hoguera de las pasiones del momento. Un periodista porteño acuñó el pensamiento presidencial en esta frase feliz: "López es el martillo bruto que forja el último eslabón de la nacionalidad argentina." [1]. Sí; pero la unión traída por el

---

[1] La frase es del Dr. José María Gutiérrez y se lee en un editorial de la "Nación Argentina" del 21 de abril de 1865.

infortunio tenía que consolidarse por la inteligencia, y por suerte ésta fué, en definitiva, la política de los estadistas argentinos que dirigieron la lucha y la de los que le sucedieron.

Los acontecimientos se precipitan. Un año después de la ruptura de las hostilidades, el 14 de julio de 1866, una revolución encabezada otra vez por el sargento Luengo, derribó del poder al señor Ferreyra y trajo el gobierno "ruso" de don Mateo Luque, íntimo amigo del ex presidente Derqui, y aún, a pesar de Pavón, del general Urquiza.

El nuevo mandatario conservaba agradables remembranzas de las tertulias del Paraná, al lado de sus amigos, y no fué maravilla verle obedecer ostensiblemente a la autoridad de la nación y auxiliar, al mismo tiempo, la insurrección de Cuyo, proporcionando hombres y armas a la invasión del coronel Saa a San Luis. Mientras acudía a Buenos Aires para sincerarse ante el vice presidente de la República, coronel Paz, de tan grave acusación, un nuevo motín, iniciado como los anteriores por el turbulento Luengo,—cuyo traje pintoresco de la primera revolución se había cambiado por el honorable uniforme de inspector general de guardias nacionales a raíz de la caída de Fe-

rreyra, — estuvo a punto de derribar al propio doctor Luque, tras un dramático episodio en que Luengo amenazó con fusilar al ministro de guerra de la nación, general Martínez y al juez federal doctor Laspiur, que eran sus prisioneros. El gobernador, que tuvo en la revuelta una actuación poco clara, fué repuesto en el mando por el general Conesa, jefe de las fuerzas nacionales enviadas para sofocar el motín. ([1]).

Este cambio del titular del ejecutivo, al pasar el gobierno de Ferreyra a Luque, mostró otros aspectos de la disidencia política patentizada por la guerra. Después de la caída del gobernador Ferreyra, la nación había sufrido el mayor de los dolores de la lucha con el desastre de Curupayty, que provocó un verdadero clamoreo contra el general Mitre. Cuesta imaginar que la exaltación partidista llegase hasta oscurecer la visión del deber ciudadano, pero así ocurrió en Córdoba, si hemos de escuchar a nuestro guía periodístico. En un artículo dirigido al nuevo gobernador, "El Eco" decía textualmente: "¿Por qué permitís que vuestros partidarios traicionen a su patria alegrándose públicamente y componiendo piezas de

([1]) ZINNY: *Ob. cit.*: III, 201.

música en loor del descalabro de Curupayty y de la sangre que hizo verter, de nuestros compatriotas, el autócrata que para befa del sistema republicano se titula presidente del Paraguay?" Los reproches de los federales contra la orientación que había dado el general Mitre a la política exterior recrudecieron en forma impresionante. Por su lado, los liberales repetían que Solano López sólo buscó, al agredir a la nación, una oportunidad para desarrollar un vasto plan de reacción, combinado con Derqui (ya no se hablaba de Urquiza), y con el partido blanco de Montevideo, y que la lucha debía proseguirse hasta el fin.

El desgarrón de Curupayty repercutió en Córdoba dolorosamente. Debemos creerlo a despecho de las apasionadas acusaciones de "El Eco". Bailes y tertulias quedaron suspendidos. Las primeras noticias que llegaban del campamento traían una imagen apagada pero terrible de lo que había pasado. Acerquémonos, en esta clara mañana de octubre, a ese grupo que en la galería del Cabildo oye la lectura de la carta que acaba de recibir el comandante Manuel Morillo — implacable enemigo de la montonera — de su hermano el bravo teniente Santiago Morillo: Oíd: "El enemigo tenía como 25 pie-

zas bien posesionadas y nosotros no teníamos más que 7 piezas volantes y cuerpo gentil; así es que la lucha era desigual... Se trabó un combate espantoso... había un calor infernal y un ruido parecido al trueno en una noche de borrasca tenebrosa..." La carta continúa, larga y prolija. (1) El grupo se dispersa y cada uno, mientras sigue su camino, va reconstruyendo el cuadro lejano, cuya decoración parece agravar la impresión de hostilidad con la nota de lo exótico; eran siempre juncales y *tacurús* (montículos de arena), bosques de naranjos, esteros flanqueados de palmeras y *timbós*, árboles seculares arrancados de cuajo, trincheras de *abatís* (árboles espinosos), lluvias torrenciales que equivalían a una derrota y que arrastraban enjambres de moscas voraces; y dominándolo todo, masas de guaraníes vestidos de camisetas punzoes y enardecidos por el aguardiante y el fanatismo, que se arrojaban lanzando su grito de guerra: *yajah!, yajah!* cortado por el toque a degüello de sus clarines... ¡Era brava la lucha para los *cambás* del Imperio y para los *gringos* de Mitre! Pero a despecho del he-

(1) Hemos tenido a la vista, originales, las cartas del teniente Santiago Morillo.

roísmo, el soplo desolador de Curupayty vino a avivar el fuego de las disidencias iniciales. (1)

En el telar de la política local el destino repetiría, por última vez, sobre la trama de las querellas entre "rusos" y "liberales", los acostumbrados dibujos. A los pocos días de repuesto, el gobernador Luque caía del poder como cayó Justiniano Posse. Abdicó — es la palabra menos inexacta — a favor del señor de la Peña, jefe de la fracción nacionalista o mitrista. (2) El señor Luque, al que se suponía en acuerdos con Urquiza,— hasta el punto de que habría recibido dinero para trabajar por la candidatura presidencial del vencedor en Caseros — renunció protestando contra "esos procónsules que vienen al interior a derrocar los gobier-

(1) El fanatismo de los soldados paraguayos está curiosamente mencionado en el folleto titulado *La vérité vraie sur le conflit entre le Brésil, Buenos-Ayres, Montevideo et le Paraguay* por L. ARNAUD (Marsella, 1865) tendencioso, sin duda, por su tono laudatorio para la Alianza: "Dans la guerre actuelle — dice — les troupes alliées ont trouvé, dans un petit sachet, suspendu au cou de la plupart des cadavres, l'absolution écrite par le curé, avec la promesse que le soldat tué sur le champ de bataille renaítrait dans le Paraguay".

(2) V. M. D. PIZARRO: *Crónica política*, pág. 114. Córdoba, 1909.

nos de los Estados por cuenta de los que aspiran a la presidencia de la república". Ya sabéis que los procónsules eran Paunero, Sandes, Arredondo, Conesa... [1]. Por aquel tiempo, se comenzó a hablar de la paz, que todos ansiaban, aunque discrepasen en los medios para alcanzarla. "El Progreso", diario que mantuvo una encendida oposición al general Mitre y a su lugarteniente en Córdoba, señor de la Peña, decía cosas interesantes, si bien este interés se debilita cuando se piensa que las mismas cosas y otras más, se leían en Buenos Aires. Sobre la paz, "El Progreso" era categórico: "Los pueblos pueden perdonar todavía los errores y desgracias de la gran política, pero sólo a precio de la paz", estampaba en su número del 28 de septiembre de 1867. El presidente era tratado sin ternura: "Pudo ser el Wáshington del pueblo argentino y pre-

---

(1) En el libro de JUAN E. O'LEARY: *El Paraguay en la unificación argentina* (Asunción, 1924) se leen estas expresiones, que parecen copiadas de los escritos de la época: "Flores, Sandes, Paunero, Arredondo, Rivas, todos militares uruguayos a su servicio (de Mitre) se encargaron después de imponer su ley a la nación, llevando el terror a las provincias, al frente de hordas sanguinarias, en que los más eran los indios salvajes de la Pampa" (pág. 146).

firió ser su Cronwell'', afirmaba: Elizalde, Alsina, Rawson, el mismo Sarmiento son llamados ''los lazarillos de la conquista'', ''magníficos instrumentos'' de la política brasileña. ¡Cómo disuenan hoy estas ásperas expresiones, cuando la gloria de Mitre florece en los corazones argentinos, y cuando la amistad con el Brasil se va acercando a la intimidad fraternal!

¿Que más? Como si esto no bastase, la sangre de hoy evocaba la sangre de ayer, y la figura terrible de don Juan Manuel, no borrada por la del tranquilo chacarero de Southampton, se alzaba, traída por los contendores para apurar el debate. Si al iniciarse la guerra ''El Eco de Córdoba'' reprodujo de la ''Nación Argentina'' una carta que se decía de Rosas, en la que éste, en diciembre de 1864, expresaba su amistad y su estima hacia Solano López, (1) ahora ''El Progreso'' recordaba a Elizalde y a Cáceres sus genuflexiones en la corte de Palermo, al lado de Manuelita y del tirano.

Con el señor de la Peña en el gobierno de

---

(1) La carta fué publicada en el número del 26 de abril de 1865 de la ''Nación Argentina'', con la constancia de que había sido enviada anónimamente. Fué tachada de apócrifa por otros diarios de la oposición.

Córdoba, las cosas terminaban por donde habían comenzado. *"Como decíamos ayer..."* pudo también exclamar al volver al gobierno que seis años atrás había abandonado, ante la intervención presidencial de Derqui. ¡Ah!: No era fácil olvidar: La legislatura "rusa" que había dejado el doctor Luque fué disuelta — como la otra — y los opositores eran enviados *manu militari* a prestar servicio en carácter de guardias nacionales, en el ejército de operaciones.

Al alborear 1870, la guerra estaba virtualmente terminada. Aires de renacimiento parecían aventar a los fantasmas de la tragedia. Córdoba se aprestaba a celebrar la primera exposición nacional al pie mismo de los "altos" gredosos que rodean a la ciudad por el sud y el oeste; la universidad estaba pronta para renovar su fama de civilista con el flamante código de Vélez; el ferrocarril alejaría para siempre el peligro del indio, de cuya avilantez había frescos recuerdos en Río Cuarto, en Fraile Muerto, en el mismo Rosario... El 18 de abril, Sarmiento, al mandar entregar al servicio público toda la línea férrea de Rosario a Córdoba ponía en el decreto, con efusión paternal: "Felicitando a los pueblos por la terminación de esa obra..."

Un poco antes, Córdoba había celebrado triunfalmente el retorno de sus hijos. En la tarde del primer domingo de febrero de ese año, bajo una lluvia mansa y tenaz, el coronel Olmedo hacía flamear la bandera del regimiento "Córdoba" — sahumada por la pólvora y mordida por la metralla — en las calles empavesadas de la ciudad. A despecho de todas las regresiones y de todos los desfallecimientos, Córdoba había, una vez más, cumplido con su deber.

Renunciemos ahora a la tentación de las fáciles filosofías. Contentémonos con saludar a la Paz, que en lo interno y en lo externo rige a la nación. Las disensiones entre porteños y provincianos acabaron cuando se dió solución al problema económico que las alimentaba; los horrores de la guerra han pasado también sin comprometer las verdaderas afinidades de los pueblos. La unión con el Paraguay y con el Uruguay es obra del sentimiento, y poco ha costado mantenerla; la unión con el Brasil comenzó siendo, sobre todo, obra de la reflexión, y requirió dedicación y constancia; se trataba nada menos que de ir corrigiendo, a pura inteligencia, la obra de antagonismos ancestrales.

Para hacerse digno por entero de nuestra amistad, el Brasil sólo debía redimirse de

la esclavitud; para hacernos dignos de la amistad brasileña, nosotros teníamos que purificarnos de la montonera. Una y otra cosa se lograron, y desde entonces la cordialidad argentino-brasileña es una feliz realidad y es — sobre todo — una necesidad continental; lo cual no implica negar (la verdad tiene a veces un grano de salubre amargor) que el paso inicial de aquella *entente* fué un error: "Si hay culpa en la tierra para los hombres imprevisores — ha dicho el fino escritor brasileño Helio Lobo, al aludir a la guerra de la Triple Alianza — hay que reconocer que los de ese tiempo erraron: los brasileños, por la decisión que tomaron de pedir satisfacciones a un país agitado por la guerra civil; los orientales, por la intransigencia con que se rehusaron a cualquier palabra de mediación". (1) Aceptemos también los argentinos, lealmente, nuestra parte de responsabilidad en el origen de aquel drama, y luchemos ahora por fortificar la unión de los pueblos de América por medio de la inteligencia y de la belleza.

---

(1) HELIO LOBO: *Historia diplomática y derecho internacional en el Brasil*, en "Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales". Bs. As., 1918, pág. 50.

VICTORIAN DE VILLAVA

La publicación del *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno,* de que es autor el profesor Ricardo Levene, torna de interés cuanto se refiere a la personalidad del eminente oidor de la audiencia de Charcas, Victoriano (o Victorián) de Villava. El doctor Levene rinde merecido homenaje, en un capítulo substancioso, a la memoria de aquél que excitó la gratitud del Segundo Triunvirato por la "franqueza y protección que dispensó a la libertad de estas provincias con su valiente pluma, en aquel tiempo ominoso en que la concepción de un pensamiento liberal se juzgaba crimen de alta traición". (Decreto mencionado en el *Ensayo,* I, 78). En medio de la multitud de magistrados de la Colonia, casi siempre empequeñecidos en conflictos de campanario, o abrumados por el pampanaje de la

legislación de aquellos tiempos, la figura de Villava cobra dimensión y relieve excepcionales. La vasta red de intereses de toda índole creados por la Corona y por la Iglesia, parecía hecha en la Colonia para desvirilizar los caracteres más altivos y para sofocar los mejores impulsos. No obstante, Villava supo cruzar por ese ambiente ostentando la dignidad del magistrado y la longividencia del estadista. El *Discurso sobre la mita de Potosí,* escrito en 1793, y los famosos *Apuntamientos para la reforma del reino* — que son de 1797 — aseguran a Villava el lugar prominente que, en la historia prerrevolucionaria, se le asignó desde el primer momento por la posteridad. (1)

(1) Villava ha sido llamado por Levene ''precursor'' de la emancipación americana, con notorio error. La anunció para evitarla, precisamente. Los hombres de Mayo y Villava marchan por el mismo sendero: la crítica de la organización colonial, pero van a distintos rumbos. El mismo Villava advierte: ''Conozco que infinitos hombres débiles, preocupados o indolentes me honrarán con los epítetos de novador, iluso, charlatán u otros peores, atribuyéndome deseos de *fomentar* lo mismo que quisiera no ver''. (*Revista Argentina* dirigida por José Manuel Estrada, t. IX, pág. 432, Bs. As. 1870). LUIS ROQUE GONDRA, en la nota de la pág. 99 de su libro: *Las ideas económicas de Manuel Belgrano* juzga severamente a Villava sin fundar su juicio. Véase nuestro artículo *Un precursor del liberalismo*

Villava pasó a ocupar el cargo de fiscal de la audiencia de Charcas en 1789, en reemplazo de Domingo Armaiz de la Revilla. Su actuación pública en América hasta 1802, año en que falleció, ha sido ampliamente revelada; pero muy poco o nada se conoce de su vida en la Península, ni sobre la formación u orientación general de sus ideas.

Por fortuna, algún indicio puede alcanzarse en este sentido, mediante un documento digno de fe — orientador de otras investigaciones —, cuyas informaciones no conocemos que hayan sido divulgadas antes de ahora. Se trata de una obra en tres tomos, titulada: *Lecciones de Comercio / o bien / de Economía Civil / del abate / Antonio Genovesi / catedrático de Nápoles / traducidas del italiano / por don Victorián de Villava / Colegial del Mayor de San Vicente Mártir de la / Universidad de Huesca y Catedrático de Código / de la misma.* Se publicó en Madrid, en 1785-1786 por Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M. y por la viuda de Ibarra, hijos y Compañía, "con las licencias necesarias". (1)

---

americano en "La Prensa" de Buenos Aires, número del 27 de marzo de 1927.

(1) Nuestro excelente y fraternal amigo, el doctor Artu-

La obra del traductor está dedicada al Excmo. Señor Don Juan Pablo de Aragón, duque de Villahermosa, grande de España, embajador del Rey en Turín, etc. No es una mera traducción, pues consta de un "Discurso preliminar" en el que Villava da razón de la obra juzgándola "con toda imparcialidad"; de un apéndice donde el mismo Villava trata de las diversas formas de gobierno, o sea de las ventajas e inconvenientes de cada una de ellas, y de numerosas notas del traductor; todo lo cual forma un conjunto interesantísimo de opiniones, juicios e ideas que muestran el perfil intelectual de este catedrático español del siglo XVIII, y preparan la explicación de la fisonomía con que ha llegado hasta nosotros el fiscal de la audiencia de Charcas.

¿Quién era el autor de la obra? En el "Discurso preliminar", Villava lo presenta como presbítero napolitano, catedrático extraordinario y regio de la cátedra de Economía y Comercio "hasta su muerte" — dice Villava — que acaeció por el año 1774".

La referencia del maestro oscense es muy lacónica, si se considera la fama de que go-

---

ro Capdevila, nos da el dato de que en la Biblioteca Nanal existe un ejemplar de esta obra.

zó Genovesi como hombre de extraordinarios conocimientos. Discípulo de Juan Bautista Vico ([1]), Antonio Genovesi, nacido en 1712, dictó la primera cátedra de Economía Política en Italia, la que fué creada para él por Bartolomé Intieri. El curso se inauguró el 5 de Noviembre de 1754. Influído por Bacon, Descartes, Locke y Wolff, Genovesi enseñó también filosofía. En los últimos años de su vida combatió la Escolástica, y cuando los jesuítas fueron expulsados aconsejó que se reemplazasen las cátedras de filosofía escolástica por cursos de matemáticas, de física e historia. Murió en 1769 y no en 1774 como lo cree Villava.

Pero su nombradía — hoy casi extinguida — le vino, sobre todo, de sus doctrinas o enseñanzas económicas. ([2]). Sus "Lezioni" de economía civil, publicadas en 1765, abarcan una breve teoría de la sociedad política, y la doctrina económica propiamente di-

---

([1]) CROCE, en su conocido libro sobre Vico, recoge de Genovesi una frase que éste oyó a Vico sobre la vanidad de ciertos nobles. Figura también en la traducción de Villava: pág. 9, t. III.

([2]) Los datos mencionados, con otros más, se encuentran en los artículos pertinentes de los diccionarios económicos de Coquelín y Guillaumín, y Boccardo; en la *Biografía Universal* de Michaud, etc.

cha. En la primera parte, después del "Proemio" donde sostiene que "las operaciones de los hombres nunca son meramente casuales", y que "para obrar bien es preciso gobernarse con conocimiento e inteligencia de los principios, medios, fines y relaciones de las cosas entre sí", Genovesi trata de los cuerpos políticos, (asentando aquí la inevitable teoría de la sociabilidad natural del hombre), de la población, de la educación, de los alimentos, del lujo, de las artes mecánicas, de los pobres y de los vagabundos, de las costumbres, del comercio, de la libertad de comercio, de la del comercio de granos en particular, del comercio exterior y de las finanzas; en la segunda parte estudia el valor, los precios, la moneda, la moneda de papel, el crédito público, el cambio, la usura, la balanza de comercio, etc.

¿Cuál es la orientación intelectual de Genovesi? En materias agrícolas mantiene una discreta adhesión a los fisiócratas, pues no admite del todo que las manufacturas puedan ser dejadas de lado; en materia de comercio, Genovesi en Italia con Melon y Forbonnais en Francia figuran entre los representantes más distinguidos del sistema mercantil en el siglo XVIII; pero Genovesi acepta y pregona en muchísimas aplicacio-

nes el principio de la libertad, como en el tráfico de los granos, en los intereses del dinero, etc. En materia filosófica, fuera de su adhesión a Vico — muy tenue — está inspirado por las doctrinas de Bacon, Leibniz y Locke, mostrándose partidario de la observación frente a la metafísica, de la experiencia frente a la autoridad lisa y llana, llegando de este modo a presentarse como un adversario de la Escolástica, lo que le valió sospechas de herejía y de panteísmo. Hay huellas de esta orientación filosófica en el libro de que venimos dando noticias, donde figuran, entre otras, citas y opiniones de Rousseau, de Hume, de Hobbes, de "el ilustre Montesquieu", etc.

Así, cuando Victorián de Villava emprendió la traducción de la obra, debió tomar sus precauciones. Después de elogiar en Genovesi "su discernimiento y tino en generalizar, su primor en cortar la mayor parte de sus teorías, y la precisión, limpieza y claridad de estilo con que las presenta", y de advertir que su modelo se encuentra muy influído por la literatura política inglesa, hace constar que las opiniones del autor, respecto del gobierno monárquico y de la autoridad pontificia — reveladoras de una gran dosis de antipatía hacia ambos — "pasan la

raya''; por lo cual "ha omitido de intento varios de estos pasajes, teniendo por más sano evitar que dar preparado el veneno''.

Dejamos de lado aquí el análisis de las opiniones de Villava en materia económica, y el puntualizar cuándo sigue a Genovesi y cuándo se aparta de sus enseñanzas. Interesa más esbozar su perfil intelectual en el aspecto de la cultura y de las ideas generales.

¿Se creerá acaso que Villava se adhiere a la tradición filosófica de la Escolástica? Sería un error suponerlo, pues la verdad es que en esta faz, y sin perder su ecuanimidad y el sentido de la prudencia, Villava parece a las veces más terminante que su modelo.

Genovesi, al hablar de los gobernantes de una nación, de su influjo y de sus esfuerzos por orientarla con eficacia, dice: "Los que que solamente se han dedicado a las Instituciones de Justiniano ó han empleado toda su vida en las metafísicas cuestiones de sus comentadores son incapaces de estos esfuerzos. Es preciso ser filósofo, y filósofo amante de las verdaderas causas de la pública prosperidad, que son la virtud y las artes. (I. 6); deberán, los que gobiernan, promover las matemáticas con preferencia a los demás estudios, poniendo en todas las uni-

versidades un par de cátedras de estas ciencias prácticas, en lugar de otras dos de ciencias abstractas, o tal vez de pedantería". sostiene más adelante (I. 127); y por último, con criterio concordante, dando prueba de clara adhesión a la corriente inaugurada por Bacon, añade: "*¿cuál es la esencia de un magistrado?* — pregunta Platón:—*Es la de ser filósofo;* pero ha de ser una filosofía de conocimientos reales, no de ideas abstractas y de palabras" (nota pág. 299. III).

Villava va a veces más lejos. Criticando en Genovesi el uso de ciertas expresiones de sabor o tecnicismo escolástico, al estudiar la difusión del dinero, dice: "Aquí, como en muchos otros pasajes de esta obra, debe suplir la viva voz del maestro la claridad que se necesita en unas lecciones que se escriben para los jóvenes, cuyos entendimientos no tienen todavía aquel nervio e ilustración necesaria para la inteligencia de *in potentia, in actu,* y otras ideas abstractas y metafísicas que usa el Genovesi". (30, III).

Mas es principalmente en la extensa nota con que comienzan las del tomo III de la obra donde Villava se muestra vigoroso adherente de las doctrinas de Condillac y acaso de Helvecio, cuyo célebre libro *De l' Esprit,* de 1758, condenado en su hora como ve-

nenoso para las creencias ortodoxas, cita con visible timidez y precaución en la nota 29 del tomo I.

Villava combate abiertamente las tesis de Genovesi, según las cuales "los instrumentos o resortes que nos hacen obrar en nuestras necesidades son tres *instintos* naturales: el primero para vivir, el segundo para pasarlo con la menor incomodidad posible, y el tercero para distinguirnos de los demás". El maestro oscense establece, en su lugar, que esta voz *instinto* le recuerda "la doctrina que en otra parte trae (Genovesi) sobre los instintos y la que sigue más adelante sobre las fuerzas enérgicas, simpáticas y antipáticas". "Ambas — agrega — son hermanas carnales de la de los filósofos escolásticos sobre las cualidades y fuerzas ocultas. Con ellas no se manifiestan las verdaderas causas; se inventan, sí, unas voces misteriosas con que se cubre una ignorancia que se tiene por ignominiosa".

Prosiguiendo con esta materia, advierte categóricamente que "la doctrina sobre los instintos se funda en la falta de observación" y que "es un axioma entre los buenos filósofos que dicha opinión se debe colocar en el número de las ranciedades escolásticas".

Estas avanzadas afirmaciones no deben sorprender si se recuerda que la lucha entre las corrietnes escolásticas y las empíricas era por entonces, y desde antes, viva y ardiente en España. Gassendi, Descartes, Bacon, Newton, Locke y Condillac — éste divulgado precisamente por Valentín Foronda — eran seguidos con pasión, y hasta un intento de conciliación había asomado en el curso del jesuíta Luis de Losada, del que Feijóo dijo que abrió "la puerta del Aula Española al mérito de la experimental filosofía"; pero eran corrientes débiles. La adhesión de Villava patentiza mente aguda para librarse del peso abrumador de la tradición filosófica, y cierta independencia moral que debía brillar cinco años más tarde en Charcas.

El sensacionismo de Villava se muestra mejor en las siguientes líneas de la misma nota a que aludíamos hace un instante, que transcribimos cediendo al deseo de ajustar su pensamiento a sus propias expresiones: "Si la filosofía de los siglos pasados hubiera sido más adicta a las observaciones que a los sistemas, a vista de la formación de nuevos hábitos en los ya adultos, hubiera podido por lo menos sospechar que lo que pasa a los adultos pudiera a su modo suceder a los ni-

ños, y con esta sospecha pasar a hacer observaciones prudentes y discretas sobre ellas antes de abrazar sistema en el principio de sus operaciones..." "De aquí resulta, pues, que el supuesto instinto es una quimera, y que la propensión o la aversión a ciertos objetos no es impulso ciego de la naturaleza, sino obra de la experiencia de nuestras sensaciones". "La propensión general a la compasión no es prueba del instinto, pues la inclinación a socorrernos supone conocimiento del mal o del peligro del que sufre; y este conocimiento, experiencia propia en lances semejantes o análogos; tampoco se convence la existencia del instinto de que el afecto compasivo sea más pronto y vivo en la gente sencilla que en la reflexiva, pues esto proviene de que este afecto no se halla tan debilitado en la gente rústica como en la culta por otras pasiones más sutiles y finas, propias de las ciudades civilizadas. Debemos decir, con todo, que si bajo el nombre de "instinto" no se pretendiera incluir un juicio innato sino simplemente una cierta modificación de temperamento mediante la cual obrasen diferentemente las sensaciones y variasen según ella, no extrañaríamos la impropiedad de la expresión, y convendríamos en que la varia constitución física del tem-

peramento, junto con los diversos hábitos adquiridos por educación podrá modificar en cada uno diversamente los afectos; pero negaríamos que el origen de estos y su natural formación no sea efecto de las sensaciones".

Consecuente con este criterio anti-dogmático y empírico, Villava aplaude ciertas ideas de Genovesi sobre la reforma de los estudios superiores. Ya se sabe el estado calamitoso en que la enseñanza general, universitaria y superior, se encontraba por entonces en la Península, bastando, para recordarlo, releer acerca de esto el nutrido proceso que hicieron Feijóo, Macanaz, Olavide, Jovellanos, Cabarrús y otros. En 1774 se invita a los catedráticos a que redacten sus lecciones y leguen sus manuscritos a la Universidad; se impulsa las traducciones, se premian los manuales aprobados por los claustros, etc. (1). Cuatro años antes, las universidades del Reino habían sido llamadas a informar al gobierno respecto de las mejoras posibles en la enseñanza, y la primera de aquéllas, la de Salamanca, contestaba con entera suficiencia que "en punto

---

(1) ALTAMIRA Y CREVEA: *Historia de España y de la civilización española*, t. IV.

a filosofía era inmejorable el sistema del Peripato: Newton, Gassendi, Descartes, Wolff no enseñaban nada útil; la física de Muschembrock tenía el defecto de no poder entenderse sin el estudio de la geometría; era muy preferible Goudín por ser más conciso y tener buen latín" (1).

Frente a este testimonio de enceguecido conformismo y casi simultáneamente, el Dr. Maciel pedía en Buenos Aires que en la cátedra "se siguiese sólo la luz de la experiencia por las observaciones y experimentos en que tan útilmente trabajaban las academias modernas". (2). No es maravilla, entonces, encontrar en Villava conceptos y aspiraciones semejantes; pero — insistimos — unidos al testimonio que se desprende de su actuación en América definen mejor, — no ya en el mero aspecto político y económico, sino en el aspecto de la cultura — su neta y distinguida personalidad.

Comenzando por recordar a Campomanes en su *Educación popular* para el estudio de las causas y remedios de la educación en España, liberándose así de "un trabajo — dice

---

(1) LAFUENTE: *Historia General de España*, XIV, 309.

(2) GUTIÉRREZ: *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, pág. 470. 1915.

— que tan bien ha sabido desempeñar este celoso escritor'' (nota 17, I). Villava elogia la opinión de Genovesi sobre la conveniencia de usar la lengua nacional en la enseñanza, y continúa: ''Si desde el tiempo de Bacón de Verulamio acá hubiera hablado la filosofía en lenguaje inteligible para todos, no hubieran dominado por tanto tiempo en las escuelas de Europa y no dominarían todavía en las nuestras *esas portentosas quimeras que por profanación del nombre se llaman filosofía,* y que tan empeñados están en sostener muchos de nuestros profesores criados en ellas, y tal vez deudores a ellas de todo el concepto y crédito de su ciencia''. Y poco antes, en la nota 5, hace constar que las alusiones de Genovesi, relativas a las causas que retardan el progreso de las ciencias, encierran ''óptima doctrina y parece que se han dictado exprofeso para nuestra nación, donde reinan todos los vicios que el autor nota en la mala enseñanza; lo peor es — continúa con energía — que considero muy difícil el desarraigarlos por el empeño con que nuestros pretendidos doctos quieren sostener su concepto, fundado únicamente en el honor y estimación de las quimeras en cuyo estudio se han consumado. La oposición de algunos profesores a mudar

de método... será un monumento nada glorioso para las universidades".

Estas no son expresiones de una mentalidad adocenada. Al vivir en Charcas y al conocer su universidad ¿reiteraría Villava aquel juicio que dejaba caer sobre los establecimientos de la orgullosa metrópoli? Es difícil la respuesta; pero ese juicio queda prestigiado por el veredicto que, en vida misma de Villava, habían pronunciado las primeras cabezas de España.

Dejando de lado siempre la faz económica, — realmente tentadora — de estas notas de Villava, digamos, para concluir, que hay en ellas diversas alusiones a temas y tesis de política, o de filosofía moral — como se decía entonces — muy dignas de atención.

Desde luego, la parte más extensa y completa que en este orden de especulaciones ofrece la obra, se encuentra en el *Apéndice* que Villava puso a la misma; pero es a la vez la de menor originalidad, pues confiesa el comentarista que para tratar de las diversas formas de gobierno, o sea de las ventajas e inconvenientes de cada uno de ellos nada mejor podría hacerse que resumir lo que enseñó al duque de Parma "el sabio Condillac". Habla así del origen de las primeras leyes, que sólo son usos o convenciones

tácitas; sostiene que los hombres se unieron en sociedad porque conocieron la necesidad de esta unidad, con el fin de obtener ventajas para todos y para cada uno; pero anduvieron a ciegas y obedecieron a las necesidades y a las circunstancias. El apartarse de los usos, como la máxima de que *las novedades son peligrosas,* son cosas buenas o malas según las circunstancias; la lástima es que, por lo común, los pueblos, cuando deberían despreciar aquella máxima la abrazan, y la desprecian cuando deberían adoptarla. Las revoluciones y las mudanzas suelen por esto ser, en los Estados, unos golpes ni previstos ni meditados, que por casualidad producen buenos o malos efectos. [1]. Trata luego Villava de los inconvenientes que experimentan los pueblos que se guían sólo por los usos; del origen de las leyes positivas, de la soberanía, del despotismo, de la monarquía, de la república, de la aristocracia, de los gobiernos mixtos, etc.

---

(1) En nota añade con intención: "Cuando las mudanzas llevan el carácter de la meditación, puede asegurarse que son útiles, y si España está en estado de apetecerlas o despreciarlas, lo dejo al conocimiento de los buenos políticos". Asoma aquí el espíritu previsor que ha de agitar los problemas españoles y americanos en los "*Apuntamientos*".

"Apasionado del Montesquieu", — como se declara Villava (n. 49, I) — cita *El espíritu de las leyes* (n. 10, I) y reconoce en otra parte la importancia del clima y de las causas físicas en la formación de los códigos y en la dirección de los jóvenes (n. 47, III). ([1]). Acepta que la potestad del soberano proviene de Dios, "el cual quiso que la naturaleza humana fuese sociable, para cuya sociabilidad era preciso y esencial la renuncia o cesión de algunos derechos, y la autorización de alguno o algunos que los administren y ejerzan; mas esto no es lo mismo que dimanar inmediatamente": posición muy próxima a la de Tomás de Aquino, para quien la sociedad es de origen natural, y por consiguiente, también el poder político, siendo así exacto que el poder viene de Dios, aunque se encarne en los hombres y en el pueblo, su primitivo depositario.

Sería fácil prolongar estas citas y referencias destacando otras opiniones y conceptos interesantes de Villava, sea en el orden económico, donde se le ve influído por las ideas de Campomanes, Bernardo Ward,

---

([1]) Las ideas de Montesquieu reaparecen en los "*Apuntamientos,*" según el aserto de MANUEL R. GARCÍA en la "Revista Argentina," *loc. cit.*

Ustariz, Ulloa, etc. a quienes cita, sea con relación a la política del momento, cuando critica la anglofilia de Genovesi y la dominación de la Gran Bretaña en América, cuyas colonias fueron tratadas "como esclavas" y cargadas "con pesadas cadenas"; pero sólo hemos querido indicar esta fuente de elementos no desdeñables para completar el conocimiento de una personalidad prominente. Puede reiterarse el concepto de que Villava no fué un espíritu vulgar. Su carácter diamantino, su espíritu igualitario, su benevolencia que tan perfectamente se aliaba a la energía moral que lo define, transparecen en un corto párrafo final de la obra, cuando anota la expresión que Genovesi atribuye a Carlos II de Anjou: *Nil prosunt constitutiones et statuta edita nisi debita executio subsequatur*, y la comenta en las líneas siguientes, no exentas de una gota de escepticismo que asoma en la palabra final: "Esta sí que es máxima divina y creo que bien necesaria; parece que en muchos pueblos no hablan las providencias ni las leyes de la policía con los nobles y los ricos, y que se dirigen únicamente al labrador y al artesano: Este es el mayor abuso que puede haber en un estado civil.... El blanco de la política, como dice repetidas veces el docto Con-

dillac, debe ser que todo ciudadano obedezca a los magistrados y todo magistrado a las leyes. Esta última nota me la dicta el celo, me la enseña la experiencia, es la más verdadera y creo que será la más inútil''.

INGENIEROS, SOCIOLOGO

La obra científica de José Ingenieros es ya herencia de las nuevas generaciones argentinas. El juicio que sobre esa obra pronuncien ahora quienes compartieron las fatigas mentales del ilustre muerto (sin alcanzar por cierto, los éxitos que su claro talento conquistó) no comporta sólo el cumplimiento de un deber de ética social, sino también el homenaje más digno del trabajador que se fué. Franco y aun severo, como cuadra con obras de real consistencia, como él lo habría deseado y como lo practicó, ese juicio prepara, a lo menos, el veredicto definitivo que otros hombres pronunciarán en su hora.

La obra sociológica de Ingenieros, tal como se contiene en la séptima edición del libro *Sociología argentina* (y descartando,

por consiguiente, estudios conexos pero fragmentarios sobre el matrimonio y la familia, aparecidos en la *Revista de Filosofía*), consta de una parte *crítica* y de otra que podemos llamar *constructiva*. A la primera corresponden las partes 2ª y 3ª de aquel libro, denominadas, respectivamente, "Crítica sociológica" y "Los iniciadores de la sociología argentina". A la segunda parte corresponden la 1ª y la 4ª del libro, designadas respectivamente, "La evolución sociológica argentina" y "La formación de una raza argentina".

Así, el orden lógico de la obra sería: 1º *Faz crítica*: a) el estudio de las ideas que expusieron *los iniciadores de la sociología argentina* (Echeverría, Alberdi y Sarmiento); b) el estudio de las ideas de *los continuadores de la sociología argentina,* que el autor considera tales (J. M. Ramos Mejía, J. A. García, C. O. Bunge, L. Ayarragaray y A. Alvarez); 2º *Faz constructiva*: a) la concepción de la sociología como ciencia natural (*monismo bio-económico*); b) la aplicación de este criterio a la interpretación de la *evolución social argentina,* en sus aspectos interno e internacional; c) el estudio de la *formación de la raza argentina,* esto es,

el análisis del fundamento de la argentinidad, definida como "el sentido nuevo que la raza naciente en esta parte del mundo podrá imprimir a la experiencia y a los ideales humanos".

Este orden lógico no es el cronológico respecto a la producción de Ingenieros. Los estudios sobre los iniciadores de la sociología argentina fueron publicados en 1915-1916, mientras que las críticas a los ensayistas modernos se habían sucedido desde 1899 hasta 1904, debiendo prescindirse, para el caso, del capítulo sobre "Socialismo y legislación del trabajo", (resumen del libro publicado en francés en 1906 con el título "La législation du travail dans la République Argentine") incluído en "Sociología argentina", como asimismo del ensayo referente a las ideas morales de Agustín Alvarez, que es de 1917. Este podría terminar la serie de los continuadores de la sociología argentina, mientras que el anterior iría mejor como apéndice del libro.

Por otro lado, el núcleo de lo que llamamos la parte *constructiva* y aun de todo el libro (según lo advierte una nota del autor) es el trabajo que presentó Ingenieros al Congreso Científico Internacional reunido en Montevideo en 1901 y en el que se re-

fundían o resumían artículos aparecidos desde 1897 á 1899, cuyas tesis fueron glosadas en otras colaboraciones que vieron la luz en Europa en 1905 y 1906 (1). El capítulo sobre la formación de una raza argentina es el que en septiembre de 1915 leyó Ingenieros en el Instituto Popular de Conferencias. Para mayor facilidad de la exposición, observaremos el orden lógico en esta rápida revista crítica de las doctrinas que contiene la *Sociología argentina*.

La faz critica

Las ideas de Echeverría son para Ingenieros "las aguas madres de la sociología nacional por su honda comprensión de los problemas económicos y por la justeza del método que propiciaba". Su originalidad es relativa, pero neta: consiste en "haber adaptado las corrientes ideológicas europeas a los problemas argentinos, interpretando nuestra historia, definiendo nuestras cuestiones sociales, señalando la necesidad

(1) El capítulo "*Función de la nacionalidad argentina en el continente sud-americano*" fué agregado al núcleo de la obra en la edición de 1910 con el título: *El devenir del imperialismo argentino.*

de estudiar las bases económicas de nuestra propia constitución nacional''. Esto último, en particular, fortifica a Ingenieros en la adopción del monismo bio-económico que utiliza para iluminar la historia de la nacionalidad, como en el discurso sobre ''Mayo y la enseñanza popular en el Plata'', de Echeverría, encuentra la clave dualista que aplica en ''La evolución de las ideas argentinas'' (Cap. II, tomo I; pág. 316 de ''Sociología argentina'', 7ª edición).

Para Ingenieros, Alberdi y Sarmiento se complementan. El primero dió una interpretación económica de la historia política argentina, como el segundo dió otra por medio de la geografía y de la raza. ''Los dos, juntos, contienen todos los elementos para una interpretación integral de nuestra evolución sociológica''. Sarmiento, sobre todo, ha legado un estudio *general* de sociología argentina al escribir ese libro caótico pero denso que es ''Conflicto y armonías de las razas en América,'' y un estudio *particular,* que es ''Facundo''.

Estos tres ensayos de Ingenieros muestran la madurez de su talento de crítico en el método de la exposición y en el dominio del asunto; en la meticulosidad del análisis y en la constante preocupación por la sín-

tesis; en al restauradora ecuanimidad con que aprecia ideas, doctrinas y actitudes, y en la modestia con que se reconoce deudor por las sugestiones más valiosas que aquellos precursores le trasmiten.

En cambio, la personalidad juvenil de Ingenieros se exhibe, ágil y pugnaz, en sus críticas a los ensayistas contemporáneos. Es el instante de la dichosa expansión de las fuerzas espirituales, convocadas a la conquista inmediata de la realidad.

Se inicia con el estudio del libro de Ramos Mejía (José M.) titulado *"Las multitudes argentinas"*. Ingenieros juzga esta producción en términos que pueden parecer harto severos si se atiende a la posición del crítico frente al autor, a quien siempre consideró su maestro. Por de pronto, la obra carece de método: "más tiene de fantasía que de ensayo sociológico" y en ella "la Historia está desarticulada y mutilada con el propósito de subordinarla al fenómeno multitud". Llega a estampar que "duele ver que reputaciones como la de Ramos Mejía se aventuren en acrobatismos sociológicos que no pueden ser beneficiosos".

Nadie (si se exceptúa, acaso, al prologuista de la edición de 1912, señor Bonilla y San Martín) ha puesto en claro, con mayor

sinceridad y conciencia, las estridentes inexactitudes, de concepción y de aplicación, que deslucen la obra de Ramos Mejía, verdadero ejemplo de cientificismo histórico, que sólo se redime por algunas páginas de eficaz literatura químico-sociológica (como aquella, que el propio Ingenieros admira, consagrada al *hombre-carbono*); pero de los veintidós años del crítico no cabía esperar lo que no había dado el medio siglo de vida del autor; si Ingenieros señala certeramente la vaguedad e imprecisión de los conceptos de Ramos Mejía (y del propio Le Bon, que le sirve de maestro) acerca de la definición, de los caracteres psíquicos y de la clasificación de las multitudes, no acierta, por su parte, a precisar sus propias ideas respecto de esas tres cuestiones. En total, lo que queda en el ánimo del lector de estas páginas juveniles es la impresión de la versatilidad mental del sociólogo de "Las multitudes" y sus gruesas contradicciones (1).

Fuera del interés que reviste esta pro-

---

(1) Véase nuestros artículos en "La Prensa", de Buenos Aires (núms. del 8 de noviembre y del 13 de diciembre de 1925), titulados "Freud y la psicología de la multitud" y "La imagen de la multitud".

ducción de Ingenieros en el aspecto especial de la psicología de la multitud (donde el novel escritor alcanza admirables atisbos que no supo aprovechar), lo tiene — y grande— para valorar sus ideas generales. Comienza aquí el proceso de osificación de lo que será más tarde su doctrina histórico-social. Nos advierte, en efecto, que "la historia evolutiva o genética (expresión de Bernheim) es ya una sociología; pero es necesario (añade) que ésta se convierta en una *historia natural*". Es el extremo naturalismo histórico, el naturalismo biológico o zoológico transportado a lo social, al cual Ingenieros permaneció siempre fiel, sin arredrarse ante la marea idealista (romántica, neokantiana o neohegeliana), que comenzó a invadir a las *élites* argentinas hace diez años.

Despunta también el riguroso determinismo o mecanicismo histórico, que es una de las tesis arquetípicas del evolucionismo materialista. Al fin "se había comenzado a comprender que el hombre era ante todo, un *animal vivo,* con necesidades materiales que debía satisfacer tomando su subsistencia en el ambiente donde vivía", criterio que "pone de relieve el *aspecto económico de la evolución histórica*". Para hacer que

la historia se vuelva científica, hay que considerar que "cada fenómeno social es un producto determinado por múltiples condiciones ambientes, que resultan del influjo de tres medios: el *medio cósmico* (geología, geografía, meteorología, riquezas naturales) el *medio social* (instituciones económicas, políticas, jurídicas, etc.) y el *medio individual* (raza, cultura, creencias, etc.)".

Ultimo detalle, digno de ser retenido: En la obra de Ramos Mejía hay — dice Ingenieros — "una inmensa laguna": la omisión de los *factores económicos* en la génesis, la acción y evolución de las multitudes argentinas.

En la crítica a *"La ciudad indiana"*, de García, se renueva la adhesión al economismo histórico y se juzga errónea (con indudable acierto) la tesis de aquel escritor según la cual, desde el punto de vista del carácter nacional, los argentinos serían eternamente los herederos de ciertos rasgos colectivos que García descubre y subraya: el culto del coraje, el desprecio de la ley, la arrogancia criolla, etc., reparo éste que Ingenieros reitera tres años después, en el ensayo que consagra a *"Nuestra América"*, de Bunge, al señalar que "atribuye (Bunge) demasiada importancia en la psicología

actual de los hispano-americanos a caracteres que no son generales ni absolutos". También le reprocha el haber exagerado la significación social del factor raza; mas al restringir la importancia, en verdad excesiva, que Bunge concede al influjo de ese factor étnico en la explicación de la pereza criolla, Ingenieros exagera, a su vez, la obra del medio físico, omnipotente, sin duda, en los orígenes de toda vida social, pero incesantemente atenuado a medida que crece la civilización; olvida, en suma, la función de la educación y de las instituciones en la adquisición de hábitos colectivos de industria y de labor, y da la impresión de que al razonar sobre manifestaciones históricas hispano-americanas estuviese aludiendo al origen de la humanidad y no al origen de la civilización colonial, esto es, al fenómeno que en otra parte hemos llamado "la refracción americana de la civilización española". (1)

Proclama otra vez, ahora enfáticamente, su credo mecanicista: "El hombre no es libre en sus actos, ni lo es ninguna raza o nación. Somos como somos, actuamos como

---

(1) Véase nuestro libro: "*La sinergia social argentina*": t. I "*La Colonia*".

actuamos y por nada ni por nadie podríamos ser, actuar o pensar, de distinta manera''. El bio-economismo histórico, antes ya defendido y aplicado [1], se define otra vez categóricamente: ''la interpretación económica de la historia — escribe — concuerda con el más puro evolucionismo darwiniano''. Lo mismo había dicho Enrique Ferri en su libro de 1894 *Socialismo e scienza positiva;* sólo que en este caso la conciliación no se intentaba entre el economismo y el darwinismo, sino entre éste y el socialismo; simple diferencia de matices, pues la coincidencia, en lo fundamental, es perfecta.

La noticia analítica del libro de Ayarragaray *''La anarquía argentina y el caudillismo''* revela la imperturbable fidelidad a las tesis anteriores. Ingenieros las moviliza de nuevo para plantear de otro modo los problemas históricos encarados por Ayarragaray.

Sin detenernos en la crítica misma — que sintetiza en ''la falta de unidad sociológica de la obra'' y visibles contradicciones,—cabe afirmar que el verdadero interés de este trabajo del doctor Ingenieros radica en la

(1) En el trabajo presentado al Congreso Científico Internacional, de Montevideo (1901).

restricción que acepta para los cánones interpretativos del economismo histórico: "no pretendemos subordinar toda la evolución histórica al encadenamiento sencillo y directo de los fenómenos económicos", escribe; y luego de explayarse sobre el particular, concluye: "los resultados presentes de la sociología no prueban *la exclusividad* de los factores económicos en el determinismo de todo fenómeno social en particular, pero evidencian su *rol preponderante* en la orientación general de las transformaciones sociales; no pretendemos más en nuestras inducciones sobre la evolución sociológica de nuestro país". Preponderancia y no exclusividad, pues; restricción que debía esperarse de un espíritu tan avisado como el de Ingenieros, pero que no evita graves y decisivas objecciones.

Al resumir el libro dedicado a exponer *la legislación del trabajo en la República Argentina,* Ingenieros sienta principios muy interesantes, pero que no comportan variación de ninguna especie en el conjunto de sus concepciones histórico-sociológicas, sea cuando proclama de nuevo el inflexible determinismo colectivo ("la evolución de las sociedades humanas no puede impedirse ni precipitarse"), sea cuando le añade postu-

lados de raíz biológica, ("el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad y el principio de lucha por la vida niega la fraternidad"), sea, en fin, cuando establece que "las instituciones de cada país se arraigan, florecen y evolucionan sobre *sus instituciones económicas,* cuyas transformaciones constituyen *la causa principal* (no siempre directa ni exclusiva) de la evolución social".

En fin: Al loar la obra moral de Agustín Alvarez señala la necesidad de que la política se convierta en ciencia, o mejor, en arte científico, y sea sustraída al influjo de los ignorantes y de los "bien intencionados". Concuerda otra vez con Echeverría, que en el *Dogma* escribió: "los malvados y los bien intencionados son igualmente perniciosos en política". (*Obras,* IV, 91).

La faz constructiva

La exposición de las ideas que Ingenieros divulgó y defendió en materia de sociología queda hecha, en cierto modo, en las líneas precedentes. Era lógico que así ocurriese. La fidelidad de Ingenieros a sus principios históricos iniciales define en él un rasgo notable. El mismo lo pregonaba.

En la "Advertencia" a la 5ª edición de *Sociología argentina* destaca, con satisfacción que se adivina, "la unidad de criterio con que durante quince años ha estudiado la evolución argentina, partiendo de premisas esbozadas por Sarmiento y Alberdi, para llegar a conclusiones concordantes con la filosofía científica, tal como la profesa en sus últimas obras".

Para no incurrir demasiado en ociosas repeticiones, conviene centralizar la exposición de esta segunda parte de nuestro plan alrededor de los cuatro rasgos que, en concepto nuestro, señalan la fisonomía de las doctrinas sociológicas de Ingenieros. Se trata de una teoría: a) *monista;* b) *mecanicista;* c) *biológica;* d) *económica.* Es un *monismo-bio-económico.*

El *monismo filosófico* es el espíritu que flota sobre todo el conjunto de las concepciones históricas de Ingenieros. Cuando se ha escrito que "el hombre no es un aerolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales: es una manifestación evolutiva de la *vida,* como ésta lo es de la *materia* y de la *energía universal*" se tiene una posición filosófica bien clara. La unidad de la naturaleza es un postulado filosófico para Ingenieros, con el agregado de que la

sociedad es un anexo de la naturaleza: "La Humanidad, considerada como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o la mala hierba". Digamos, de paso, que el monismo de Ingenieros no es sólo filosófico sino que es también histórico en cuanto, sin desconocer la realidad de los restantes factores o fuerzas de la sociedad, las subordina al solo factor económico. Es el último rasgo de los cuatro.

Las transcripciones hechas en la parte anterior de este trabajo son suficientes para patentizar el segundo rasgo. Insistamos todavía, y el *mecanicismo social* va a trasparecer. "Es tan vano (escribe el llorado pensador) pretender investigar trascendentalidades metafísicas en la evolución humana como dar participación al azar o a un fin en la formación de las sociedades". ¿Necesitamos pruebas mejores? Oigámosle: "Los grupos sociales ("humanos" quiso, acaso, decir) suelen ser como bajeles que marchan sin brújula, arrastrados por corrientes cuyo secreto reside en causas mesológicas y biológicas que la conciencia social no sospecha". O bien: "El resorte que pone en juego la actividad social del hombre — su conducta — es la suma de sus necesidades; el

conocimiento de éstas, *sometido a un determinismo riguroso,* es el móvil de toda acción individual o colectiva'', etc. etc.

El tercer rasgo es el *biológico.* Se muestra con sumo vigor, como cuadra a las preferencias y actividades de un médico (el caso de J. M. Ramos Mejía con su ''biología de la multitud'' viene a la mente). ''Las razas, naciones, tribus y todos los agregados humanos son *colonias animales* organizadas de acuerdo con las condiciones de subsistencia propias de la especie'', leemos en el capítulo consagrado a ''la sociología como ciencia natural''; y más adelante se afirma que ''las sociedades humanas evolucionan dentro de *leyes biológicas'';* y más concretamente, por último, se llega a estampar que *''el principio darwiniano se repite,* bajo mil formas, en el *mundo social''.*

Sobre este biologismo cabalga el economismo histórico. Es el cuarto rasgo. ''Fuerza es reconocer que *los factores económicos* representan necesidades *puramente biológicas,* semejantes en cualquier especie viviente; los de cada agregado o grupo sociológico equivalen a los de toda agrupación estable de seres vivos, ya sea una colonia de microbios, una colmena de abejas, una manada de potros o una tribu de hom-

bres''; de lo cual resulta una doctrina bifacial una tanto difícil de armonizar: ''la sociología biológica remonta el problema a su fase general, biológica; en cambio, los sociólogos economistas lo encaran bajo el aspecto particular de la división del trabajo humano, y los sociólogos organicistas se limitan a una explicación por analogía''. Conclusión: el organicismo social y el economismo histórico, ''exactos si se los considera relativamente, son falsos si se los acepta en términos excluyentes y absolutos: una sociedad es un agregado biológico, pero no es un organismo; los procesos económicos, a su vez, son manifestaciones evolucionadas de simples fenómenos biológicos''. Todas estas transcripciones, aunque repiten bajo otra forma ideas ya señaladas al resumir la parte crítica, no son inútiles para percibir con cuánto calor ha profesado sus teorías el ilustre hombre de ciencia en cuyo homenaje escribimos estas líneas.

Así, lo que hemos llamado el *monismo bioeconómico* de Ingenieros nace de este intento de enraizar el materialismo histórico en la biología.

Pero no sólo la *economía social* está condicionada por leyes biológicas; también lo está la *psicología social*. Esta parte de la

sociología de Ingenieros aparece como desprendida del resto de la doctrina. Y es que en ningún momento la psicología social — el proceso de acciones y de reacciones interespirituales que se cumple en el grupo — se destaca en la obra de Ingenieros. Al leer página tras página los mismos conceptos biológicos y mecanicistas de "especie", de "medio", de "lucha por la vida", de "necesidades" biológicas, de "colonias" organizadas para la división del trabajo, de "materia", de "energía universal", de "experiencia" *et sic de cœteris,* no se requiere ser un sociólogo fino para sentir una impresión extraña, como si súbitamente hubiese disminuído nuestro poder de percepción de la realidad colectiva, tan profundamente espiritual. De aquí que estos párrafos (que se encuentran, algo modificados y ampliados, en los "Principios de Psicología, ed. 1916, cap. V., donde se tratan los problemas de la función del derecho y de la moral) se ofrezcan como una nota relativamente novedosa en el conjunto de las concepciones de Ingenieros, quien procura adaptar a ellas ciertas ideas de Durkheim y de Lévy Bruhl, sobre todo en lo que alude al concepto (hoy en plena discusión) de "las re-presentaciones colectivas", típico en el neo-

positivismo sociológico; siempre, pues, por un camino o por otro, se llega a la biología: "La estructura económica y la mentalidad colectiva son *expresiones naturales* de las mismas *causas biológicas,* que determinan por una parte la variación estructural y por otra, la funcional"; pero aún cuando Ingenieros se esfuerza por enraizar la psicología social otra vez en la biología, el resultado es tan dudoso como en el caso del materialismo histórico. Las fórmulas se agregan a las fórmulas como en una especie de álgebra de la historia; mas se siente que esas fórmulas, extremadamente generales, dejan escapar lo que hay de más característico en la vida de las sociedades: el proceso de inter-acción psíquica, que explica la organización y la transformación de las instituciones.

Tal es el contenido de la ciencia social para Ingenieros; de aquí que la defina como "una ciencia natural que estudia la evolución general de la humanidad y la evolución particular de los grupos que la componen".

En cuanto al método, es el *genético,* que consiste en la aplicación de los principios biológicos generales al estudio de la evolución social. Este estudio se hace en la *filogenia social* o *sociología general* (historia

de las instituciones y creencias de las razas y de los pueblos, considerados como eslabones de una serie continua, que es la evolución natural de la especie); en la *ontogenia social* o *sociología nacional* (historia particular de las instituciones y creeencias de cada unidad caracterizada dentro de la especie por determinada estructura y mentalidad), y en la *sociología comparada,* que permite confirmar — en general — la ley de correlación biogenética que rige en toda la evolución biológica.

He aquí las premisas y las tesis de que Ingenieros se valdrá para bucear en la historia argentina. Iluminada por el *monismo bio-económico,* ésta perderá su extraordinaria complejidad y se convertirá en una "historia con factores sociológicos y sin héroes; con períodos evolutivos y sin fechas; con luchas de razas y sin batallas; con intereses de grupos y sin revoluciones", como se lee en la edición de 1910. Tendremos un paradigma de sociología nacional, esto es, una *aplicación* de los principios de la sociología general al estudio de una sociedad particular.

La lucha de razas entra primero en escena: es fuerza biológica de incuestionable influjo en la historia de la conquista de

América y en la formación de la sociedad colonial. Asentando la superioridad de la raza blanca y la importancia del factor étnico en la vida de los pueblos (lo que le hace incurrir en un leve traspié de información (1), Ingenieros destaca que "el problema inicial de la colonización americana consistió en el desalojo o avasallamiento de las razas indígenas de color por razas blancas europeas".

La raza, sin embargo, "no es un factor abstracto": ella determina la diferencia inicial que presenta la colonización en el Norte y en el Sud de América. En función de su medio, las razas respectivas se traducen en costumbres e instituciones determinadas, "cuyo exponente más inequívoco es *su organización económica*".

El medio influye triplemente: como factor *geográfico* como factor *climatérico* y como factor *económico.* Cuando "un grupo de una raza vive en un medio, sus variaciones dependen de las variaciones de éste; cuan-

---

(1) Aludimos a la cita que hace Ingenieros de la opinión de Max Nordau, expuesta en el artículo que con fecha mayo de 1905 envió el segundo al diario "La Nación", de Buenos Aires, y en el que (contrariamente a lo escrito por Ingenieros), Nordau combate las ideas de Gobineau, paladín del "prejuicio de las razas".

do varios grupos de una misma raza emigran a medios diferentes, varían para adaptarse a ellos".

Dadas estas premisas, se comprende sin asombro que la incapacidad de la raza conquistadora, agotada en lo material y en lo cultural, se tradujese en el *desorden económico,* y que las colonias fuesen sometidas a un régimen de triple explotación: la primera, en favor del gobierno de España; la segunda, en favor del gobierno colonial, y la tercera, en favor de los residentes peninsulares.

La causa de la emancipación *fué económica* en el Norte y el Sud de América; sólo que allá se planteó como una cuestión de derecho y aquí como una cuestión de privilegios. Ingenieros consagra algunas páginas a poner de relieve cuán exacta es esa filiación económica del movimiento revolucionario argentino, intuída por Echeverría, definida por Mitre, López y Estrada, y confirmada por las conclusiones de los actuales historiógrafos, que en esto no han podido rectificar lo que aquéllos vieron con tanta nitidez o presintieron con tanta exactitud.

Producida la revolución en virtud de "condiciones de hecho" por que atravesaron las colonias, *"la ausencia de intereses*

económicos homogéneos", originó, de 1810 a 1830, el estado caótico que los historiadores estudian como el período de la "anarquía argentina". La única fuerza orientadora es, por consiguiente, la influencia personal del jefe o caudillo, basada económicamente en el latifundio. Hay ausencia de intereses económicos diferenciados. Cuando asoma esta diferenciación, el feudalismo inorgánico se transforma en feudalismo organizado. El caudillismo organizado cristalizó en una "restauración colonial" cuyo héroe fué Rosas, "nuestro Fernando VII, con análogos cómplices y los mismos horrores".

El *conflicto económico* se define entonces de este modo: "la ciudad con su *aduana* y las provincias con sus *feudos*, tomadas como expresiones representativas de tendencias económicas que preparaban su porvenir". Ambas tendencias eran heterogéneas y generaron la lucha civil entre *unitarios* y *federales*; pero — cosa interesante — Ingenieros sostiene que la lucha no se planteó entre dos clases antagónicas: el federalismo (proletariado) y el unitarismo (burguesía naciente), sino que fué un duelo entre dos facciones oligárquicas que se disputaban el poder en el nuevo estado político. Se moviliza, de este modo, el cómodo dualismo que

tantas veces han utilizado los historiadores y con el que Groussac — ejemplo egregio— intenta explicar el fenómeno (aunque sin apelar al economismo) viendo en los partidos del año 40 derivaciones de los del año 10, como éstos arrancarían del duelo secular entre el indigenado y la conquista.

Después de la caída de Rosas, el país siguió viviendo, de hecho, bajo un sistema caudillista organizado. Comienza, sin embargo, a delinearse el contorno de la organización político- social argentina. "La clase feudal define sus intereses, y frente a ella se inicia un *gran desarrollo económico.* En Buenos Aires despiertan las industrias, se amplía el comercio, la actividad económica tiende a nivelarse con la de los países más evolucionados. En las provincias, la primitiva producción feudal va sustituyéndose por sistemas de agricultura y ganadería cada vez más industrializados, y en pocos años la producción se eleva, centuplicando la riqueza nacional". Así nacen los partidos políticos. "Si el partido Federal fué la expresión política de las oligarquías feudales, el partido Autonomista Nacional representó políticamente análogos intereses durante su evolución hacia el régimen agropecuario. Su influencia fué contrastada sin cesar por

varios grupos políticos cuyas tendencias continuaban las del partido Unitario (Liberal, Cívico, Radical, Demócrata, Republicano, Autonomista, etc.)". El régimen político se hace cada vez menos caudillista. "La República Argentina marcha hacia el período de *evolución económica* que precede a una diferenciación de los partidos".

Después de haber explicado así el desenvolvimiento histórico argentino, Ingenieros estudia la función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano. Esta función se define como *un imperialismo pacífico,* fundado en cuatro elementos cimentales: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca. La intensificación del sentimiento nacionalista argentino es por ello un fenómeno natural.

Las conclusiones merecen ser retenidas. Son éstas: "La existencia de la especie humana y su repartición en nacionalidades *es un accidente de la evolución biológica* y carece de finalidad. La historia de una sociedad es la enumeración de las incidencias por que atraviesa al evolucionar en un medio propicio a su vida y reproducción. La necesidad de vivir y reproducirse es el móvil de la actividad de los grupos sociales y determina su evolución económica; la *economía*

política es una aplicación a la especie humana de *leyes biológicas* fundamentales que rigen la *lucha* por la vida".

En su última producción sociológica (sobre "la formación de una raza argentina") Ingenieros retoma su tesis del carácter de *ciencia* (o historia) *natural* que atribuye a la sociología. Quiere servirse de ella para diulcidar el tema; pero la "raza" de que va a ocuparse no es la raza en el sentido biológico, sino más bien en un sentido de cultura, pues es toda "sociedad homogénea cuyas costumbres e ideales permiten diferenciarla de otras que coexisten con ella en el tiempo y la limitan en el espacio".

Insiste Ingenieros acerca de la diferencia capital que media entre la unidad étnica del Norte de América, donde vive una sola raza de blancos sin mestizar, y las dos variedades étnicas que nacen del tronco iberoamericano: *a*) una exigua variedad *blanca*, urbana y europea, y *b*) una variedad *mestizada* numerosa, dispersa en las campañas (mestizos) y en los suburbios (mulatos) y que constituyen los núcleos de dos civilizaciones distintas: la río-platense o euro-argentina y la hispano-indígena o gaucha.

Por último, estudia el predominio de las razas mestizadas en la sociedad gaucha y la

constitución definitiva de la sociedad argentina. "Una nueva raza argentina se está formando por el conjunto de variaciones sociales y psicológicas que la naturaleza argentina imprime a las razas europeas adaptadas a su territorio", y la *argentinidad,* según se dijo al comienzo de esta síntesis, es concebida "como el sentido nuevo que la raza naciente en esta parte del mundo podrá imprimir a la experiencia y a los ideales humanos".

Cabe considerar este estudio del eminente hombre de ciencia como una proyección de las premisas y conclusiones expuestas en "La evolución sociológica argentina" y como un complemento de las inducciones de la economía social, que allí prevalecen, con cierto matiz psicológico, que aquí se percibe al hacer depender el concepto de "raza" de estados de alma colectivos, es decir, de "la renovación de las ideas generales" que "se operará entre nosotros con ritmo diverso que en las viejas naciones formadas o dirigidas por elementos y tradiciones que no son los nuestros". Los ideales de Alberdi y de Sarmiento: *trabajo* y *cultura,* trasvuelan en las páginas finales, anunciando el reinado de la justicia y la soberanía de la paz.

¿Qué impresión de conjunto se recibe ante la sociología de Ingenieros? Si dejamos de lado la faz crítica, en la que, no obstante mantenerse las mismas doctrinas fundamentales, hay sagaces apreciaciones de detalle, sea (al estudiar la obra de Ramos Mejía) acerca de lo que debe ser la psicología de la multitud o psicología colectiva (aun cuando Ingenieros llamaba así lo que mejor podría designarse como psicología social); sea sobre *demopsicología* o psicología nacional (en su crítica a Bunge); sea, por último, sobre ensayos parciales de sociología argentina (en sus críticas a García y a Ayarragaray), encontramos en la faz constructiva un sistema de ideas muy netas y una inflexible consecuencia con tesis y postulados que por hipotéticos y aun erróneos que hoy parezcan, sirvieron en su hora para introducir claridad y relieve en la masa de los acontecimientos históricos argentinos y para mostrar prácticamente, sin abstrusas disquisiciones, cómo es posible seguir, en el cauce de una historia particular, algunos de los procesos que estudia la sociología general.

En la historia de las ideas sociales argentinas, después de los *racionalistas* como Funes y Gorriti y de los *voluntaristas* como

Moreno y Monteagudo, despunta el *realismo social* con Esteban Echeverría; Alberdi y Sarmiento lo definen ya con sus interpretaciones económicas de la historia, el primero, y con sus atisbos etno-geográficos el segundo; José Manuel Estrada representa la *filosofía de la historia;* Francisco Ramos Mejía inicia, por último, la *corriente científica,* en cuanto con él, por la primera vez, aparece un criterio integral y sistemático (exacto o no) para explicar las etapas de la evolución argentina; Ingenieros continúa esta corriente científica y la subraya vigorosamente dentro de un extremo naturalismo histórico, que hoy no es posible aceptar en su *totalidad,* aun cuando sin duda significó un progreso para los estudios sociológicos nacionales, al reiterar la adopción de un canon interpretativo, no sólo adoptado con conciencia, sino también aplicado con consecuencia.

La orientación de Ingenieros es, genéricamente, la misma de Francisco Ramos Mejía en el libro póstumo de éste, "Historia de la evolución argentina" (publicado en 1921), pues ambos se embanderan en el *monismo naturalista* (spenceriano) y crean una *sociología genética;* pero mientras el autor de la "Historia", preocupado por extraer los

orígenes de la democracia argentina, despliega su credo monista (en la "Introducción general" que abre la obra) al modo del presuntuoso telón de una escena pobre y primitiva, en el autor de la "Sociología" hay fusión orgánica de lo histórico con lo sociológico, o mejor, transfusión de lo sociológico en lo histórico. Si se despoja de la "Introducción general" al libro de Ramos Mejía, el resto de la obra no patentiza (salvo en algún detalle, como el de la continuidad de la historia argentina con la española o el del determinismo evolucionista) osamenta doctrinaria de ninguna especie; al paso que en Ingenieros, aun descartado el capítulo I, que es como la Introducción que contiene la profesión de fe del sociólogo, el resto proclama, con claridad absoluta, el criterio científico que se ha utilizado, pues la masa histórica se yergue sostenida por la espina dorsal del economismo. La diferencia se explica sin esfuerzo: la obra de Ramos Mejía se llama y es, ante todo, *historia;* la de Ingenieros se llama y es, de preferencia, *sociología.* El canon filosófico del primero es demasiado general para poder movilizarse con éxito en una tarea de interpretación histórica; mientras que el lastre sociológico (económico) que lleva el segun-

do, le permite aventurarse en plena historia sin correr el riesgo de zozobrar en los escollos de la erudición o de extraviarse con leyes que, en fuerza de su extrema generalidad, no prueban nada en el reino de las cosas humanas.

Este naturalismo sociológico o histórico, que es el rasgo común en las obras de Ramos Mejía y de Ingenieros, merece meditación. Cuando se lee (fuera de las transcripciones hechas más arriba) que la *sociología* es "el capítulo más complicado de la *zoología* y el que más nos interesa", y cuando este mismo concepto de "La evolución sociológica argentina" (1910) se repite ocho años más tarde al escribir que "las *sociedades humanas* pueden estudiarse con el mismo criterio que los *naturalistas* aplican el estudio de las otras *sociedades animales*", no cabe duda de la significación estrictamente naturalista de las ideas sociológicas que venimos examinando. Ahora bien: Tal concepción está lejos de escapar a reparos y — sobre todo — está lejos de representar la orientación actual de las doctrinas sociológicas.

Es claro que la sociología ha nacido de una interpretación naturalista de la historia; mas este naturalismo no necesita ser

biológico para ser legítimo; le basta con ser un naturalismo psicológico. (1). La sociología es una ciencia natural en cuanto tiene sus fenómenos propios y en cuanto estos fenómenos son estudiados con el mismo *espíritu* que preside el estudio de los fenómenos que integran el contenido de otras ciencias; pero no es, en modo alguno, una *historia natural*. Es una ciencia natural en el mero pero suficiente sentido de que los fenómenos con que ella trabaja son fenómenos *inteligibles*, sustraídos al azar o a la pura contingencia. Por ser fenómenos espirituales, están, además, sustraídos a la causación física, no siendo del todo lícito, a su respecto, hablar de *causa y efecto* sino más bien de *estímulo* y de *reacción*, reacción o respuesta que está siempre orientada hacia un *fin*.

Este parécenos el alcance legítimo del naturalismo histórico a que responde la sociología, naturalismo que no ha podido ser conmovido por los embates del idealismo más ortodoxo. Así, Benedicto Croce, no obstante rendir homenaje al positivismo por la

---

(1) Rickert, en su *Ciencia cultural y ciencia natural* (traducción de Morente) dice: "Toda realidad y la psíquica también, *puede* ser aprehendida por modo generalizador como naturaleza, y por consiguiente, debe ser concebida también por modo naturalista" (pág 54).

labor histórica que cumplió (lo que hace en virtud de un extraordinario esfuerzo y "sin dejarse arrebatar del ímpetu polémico"), le reprocha el principio "de una historia que explique causalmente los hechos", principio que (añade) "presupone los hechos, los cuales, en cuanto hechos, son pensados y por esto, *en cierto modo,* ya explicados" (*belli e spiegati*). Antes ha concedido también que "de modo puramente práctico" el naturalismo es legítimo y que "la materialización de los hechos y su vinculación extrínseca o causal *es del todo justificada*", etc., [1], salvedades y concesiones harto significativas por venir de un adversario irreductible de la concepción a que responde el advenimiento de la sociología.

La consecuencia del falso naturalismo que domina en las tesis sociológicas de Ingenieros es un rígido mecanicismo social. Es ésta la lesión más grave que padece el sistema. Hay una exclusión demasiado arrogante de la teleología. Se olvida en exceso que los fenómenos sociales son esencialmente volitivos y que esta volición está incesantemente orientada por fines, sin los

(1) Croce: "*Teoria e storia della storiografía*"; págs. 63, 68 y 276-7.

cuales la actividad del espíritu sería incoherente y desordenada. La convergencia o coordinación de actividades (sustancia de la vida social, pues "las exigencias sociales son, ante todo y sobre todo, exigencias prácticas") [1], obedece siempre a *impulsos* o a *propósitos*. En una fase inicial o rudimentaria, esos impulsos pueden ser irresistibles; pero poco a poco el impulso se somete a una serie de operaciones mentales para proporcionar los medios a los fines que va creando la conciencia. En definitiva: la causalidad social (conviene repetirlo) no es causalidad mecánica. La causalidad natural obra indirectamente en la sociedad por la acción del medio físico sobre los seres humanos y directamente por medio de la herencia; pero estos influjos físicos y biológicos, omnipotentes, sin duda, en los orígenes sociales, van paulatinamente perdiendo su fuerza a medida que la inteligencia rectifica y transforma la naturaleza, esto es, a medida que el proceso de inter-acciones espirituales se enriquece y consolida en el grupo.

Hay algo más que decir, desde otro punto de vista, acerca del naturalismo mecani-

---

(1) MICELI: "*Filosofía del diritto*", pág. 224; 1914.

cista de Ingenieros. La posición que éste adopta en sociología es mera consecuencia de su posición filosófica, vale decir, de su previa adhesión al *monismo evolucionista* de Spencer. Ahora bien: estos embanderamientos iniciales, útiles en los orígenes de la sociología, son hoy claramente nocivos y retardan el conocimiento científico de la vida social. La escuela de Durkheim, que tanto luchó por la objetividad de la sociología y por su desvinculación de los *ismos* filosóficos, puede un día desaparecer, superada por otras corrientes doctrinarias; aquella exigencia, sin embargo, no se extinguirá con ella: tiene el valor de una condición vital.

La tentativa de conciliación de la sociología biológica con el materialismo histórico es digna del vigoroso talento del doctor Ingenieros; mas hay que confesar que el resultado de la conciliación es poco satisfactorio. Se diría que el anónimo *primum vivere, deinde philosophari,* de los sociólogos economistas, es aclarado por el maestro argentino en esta forma: *primum vivere* (faz biológica); *deinde thesaurizare* (faz económica); *deinde philosophari* (epifenómenos: derecho, moral, arte, religión); simple aclaración formal, pues en el fondo el

fenómeno económico rige, imperioso, el juego de las fuerzas sociales. (1).

Tal es la verdad. No basta, por cierto, en un libro que quiere ser de sociología, sostener dogmáticamente que "la economía política es una aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales". No hay en la obra ni asomos de demostración de este aserto, verdaderamente cimental en la doctrina del autor. Si se afirma que "*el fenómeno esencial* que preside toda la evolución social *es uno*: las *necesidades* que los agregados humanos tienen que satisfacer para conservar la unidad del grupo en el espacio y su continuidad en el tiempo", y que "la actividad económica es su resultado" se recae en el apriorismo, se sienta una tesis de extrema vaguedad y se justifica nuestro juicio de que en la sociología de Ingenieros, al lado de un monismo evolucionista de raíz metafísica, hay un *monismo económico* de raíz biológica, respecto del cual faltan todos los elementos de una demostración convincente.

(1) Ingenieros reconoce en Alberdi un precursor en esta vía. Así lo dice en la introducción a la edición de "Estudios Económicos" de Alberdi, hecha por "La Cultura Argentina", (pág. 28).

Resulta así una sociología bi-facial, aunque (para ser exactos) deberíamos añadir que en esta bi-facialidad lo biológico es una simple máscara, puesta *ad pompam vel ad ostentationem;* sólo lo económico vale. Lo económico es la fuerza rectriz de la política y de la cultura: "para el conocimiento de la formación histórica de la nacionalidad argentina es indispensable — según Ingenieros — estudiar las estapas iniciales de su vida económica, *clave fundamental* para comprender el mecanismo de su régimen político y de sus instituciones"; prueba inequívoca del acatamiento del autor a los principios del materialismo histórico, a pesar de la importante restricción que hemos destacado en la parte consagrada a resumir "la faz crítica" de *Sociología argentina.*

Reabrir el debate sobre la significación sociológica de aquella doctrina es entretenerse en remover las cenizas de un hogar extinguido. La discusión quedó agotada en el 4° Congreso del Instituto Internacional de Sociología, reunido en París hace un cuarto de siglo (1). En esa docta asamblea, uno de los partidarios más agudos del eco-

(1) Véase: "*Annales de l'Institut International de Sociologie*", Tomo VIII, París; 1902.

nomismo, Casimiro de Kellés-Krauz, se vió obligado a reconocer la naturaleza sintética del fenómeno social y cuán convencional es la separación que hay que hacer, en lo social, del fenómeno económico que el científico canoniza por la teoría del materialismo histórico; y Alfredo Fouillée, el filósofo de las *ideas-fuerzas,* concretando su posición frente al problema propuesto, expresaba que "el materialismo histórico, según la extensión que dé a sus asertos, es o una evidencia o un sofisma. Si se ciñe a sostener que las condiciones económicas ejercen una infiuencia considerable sobre el movimiento social y, gracias a la solidaridad o determinismo recíproco de los hechos sociales, también sobre todos estos hechos, sean cuales sean, dice una verdad evidente; si desnaturaliza esta verdad en el sentido materialista hasta sostener que las necesidades de orden material gobiernan todo y aun explican todo — ciencia, filosofía, moral, derecho — la semi-verdad de hace un momento se convierte en un gigantesco sofisma".

Este dilema parece ineludible. Sus términos permiten juzgar con sosiego del valor de las interpretaciones económicas de la evolución de los pueblos. No hay más que

leer la jugosa *Philosophie des Geldes,* de Simmel, para comprender que la indeterminación misma de las necesidades que el dinero puede satisfacer crea a éste una situación privilegiada y le atribuye un poder inmenso en las relaciones humanas; pero por otro lado, el puro *homo œconomicus* no pertenece a la psicología, y la sociología es, precisamente, una psicología de la acción en común (1). Para tomar un ejemplo a la medicina, diremos que las interpretaciones económicas de la historia valen como radiografías del cuerpo social, útiles para ciertos propósitos, pero incapaces de revelarnos el proceso mismo de la vida colectiva. El ensayo del doctor Ingenieros queda, sin embargo, no sólo como un magnífico paradigma de aplicación a la historia argentina de los cánones del economismo social, sino como un llamado enérgico a la claridad en las doctrinas y a la armonía en las síntesis históricas. "*Conciencia*" y "*consecuencia*"; tal es la lección que, independientemente de su valor intrínseco, fluye de la obra del

(1) Esto no implica reducir lo menos simple (lo social) a lo más simple (lo psíquico) sino definir la naturaleza de lo social que, evidentemente, no es de orden físico. Y no conocemos sino dos órdenes de realidad: lo físico y lo psíquico.

ilustre escritor; conciencia y consecuencia necesarias para transar, en nombre de la coherencia del pensamiento, con la extraordinaria y desconcertante heterogeneidad de las cosas humanas.

LAS RELACIONES DE ECHEVERRIA CON SARMIENTO

La necesidad del aplauso, o sea lo que los psicólogos norteamericanos llaman "love of approbation" — amor a la aprobación —, es un matiz del instinto gregario. El placer de sociabilidad, que suele satisfacerse con la sola presencia del semejante, se expande con el gesto amistoso o la palabra de aliento. Dondequiera que la mera contigüidad de los individuos se convierte en formas definidas de reciprocidad espiritual, y dondequiera que cada individuo obra con o contra otro u otros, hay un proceso de socialización en el cual los estímulos simpáticos tienen un influjo preponderante. En verdad, socialmente hablando, la muerte ha llegado cuando cesamos de responder a estos estímulos o cuando ellos nos son negados y no acertamos a compensar su ausencia. No es maravi-

lla, entonces, que, así en las capas más humildes de la organización colectiva como en las más altas, el hombre se vuelva ávidamente hacia las voces alentadoras o admirativas que lanzan los otros a su alrededor.

Los grandes proscriptos de la fama — vencidos por la indiferencia de sus contemporáneos — acudieron siempre al inevitable recurso de crearse un medio trans-social, o, mejor, una sociedad ideal, cuyos veredictos entreoían en una especie de sagrado recogimiento. "¿Cómo acogerían mis meditaciones un Platón, un Varrón, un Quinto Mucio Escévola?", solía preguntarse Juan Bautista Vico cuando sentía más agudamente la soledad de su alma. Solía pensar también en la posteridad; pero el de posteridad — para un genio solitario en particular — es un concepto extremadamente frío y borroso, como que se halla dominado por la luz incierta del futuro: ¡cuánto más vigorosa y confortante debía ser para Vico la comunidad que formaba con sus maestros y conductores!

Hay un caso en que la idea de posteridad se colorea con los cálidos tonos de la gloria; de la gloria actual, no de la póstuma: es cuando el hombre excepcional advierte que sus ideas y sus pasiones—las máximas ideas y las máximas pasiones, sobre todo—son con-

temporáneamente compartidas por otros hombres, en nada inferiores a él mismo, agrupados alrededor de su personalidad. Tal es, entre nosotros, el ejemplo que ofrecen Esteban Echeverría y sus compañeros de doctrina y de lucha. Es seguro que las estrofas de "La cautiva" — aun las menos endebles — no habrían alcanzado a salvar del olvido la doliente figura del proscripto. Pensad, en cambio, que este hombre ha influído (más en las apariencias que en la realidad, es cierto) sobre el elegante Gutiérrez y sobre el ágil Alberdi, y comprenderéis por qué el "idearium" que sancionaron en 1837 y que se remozó en 1846, sigue siendo — a despecho de su visible ausencia de originalidad — el título más respetable de Echeverría a la consideración de la posteridad.

Al doblar los treinta años, el poeta se sintió súbitamente acometido por la sed de sistematización. Buscaba "principios" y clamaba por "criterios" científicos y estables. Alguna vez llegó a escribir que "no era partidario de los sistemas", y que hacía mucho tiempo "que se resolvió a no tener ninguno"; mas estas expresione csorresponden al orden de la filosofía, donde la sed de la sistematización, cuando realmente existe, llega tras largos afanes especulativos y agobiado-

ras reflexiones, experiencias que, sin duda, nuestro poeta no alcanzó a soportar. Más práctico o menos ambicioso, buscaba un sistema de principios políticos y un código capaz de orientar la acción social de la joven generación argentina.

Halló los "principios" y los "criterios" que buscaba, en Leroux, en Lerminier, en Lamennais, en Mazzini, en otros más, todavía. Es a veces terrible el efecto de la letra de imprenta sobre las creencias y las opiniones que trabajan el espíritu de los pensadores. Desde que Echeverría vió publicadas por "El Iniciador", de Montevideo, las grandes palabras de "Democracia", "Progreso", "Asociación" y todas las otras que integran el "Dogma socialista", se persuadió de que había dado el pueblo argentino una "suma" de la sabiduría política, adaptada a las condiciones de la nacionalidad en vías de organizarse. Satisfecho de su obra, llegó más tarde a prometer que si cualquiera "proclamaba una doctrina social mejor" que la del "Dogma", no tendrían inconveniente en profesarla con igual estusiasmo los jóvenes asociados.

La obra de Echeverría y sus compañeros fué la primera tentativa hecha en la República Argentina para instaurar una política

fundada en la ciencia. Significa, además, el primer ensayo de una política concebida y orientada por una "élite" intelectual. Es útil no olvidarlo demasiado en estos tiempos en que el problema de la formación de las "élites" es deplorablemente desconocido o desdeñado en todas partes, y en nuestro país en particular. Bien está hablar de extensión universitaria y de difusión de la cultura; pero ¿dónde escuchamos la palabra autorizada que reclama, no la extensión, sino la "intensidad" (si cabe decirlo) universitaria; no la difusión, sino el "refinamiento" de la cultura?

Dos ideas capitales dominan el espíritu de Echeverría: una es la ciencia; la otra, la realidad. ¡Guay del que osase tacharlo de incientífico o tildarlo de soñador! La fina epidermis de los poetas es particularmente sensible a los saetazos de la crítica siempre que, no satisfechos de sus cantos, se creen también con vocación para políticos; y el "genus irritabile vatum" que descubrió Horacio, nunca halla mejor confirmación que en estos casos de inquietante ambidestreza. Aquellas dos ideas rectrices dan a la figura de Echeverría el aire poco atrayente de un pedagogo político, envanecido de ciencia y saturado de pragmatismo.

Las relaciones del poeta con Sarmiento ofrecen una prueba excelente de lo que decimos. Cuando juzga el "Facundo", lo hace con estusiasmo y admiración. Señala en él un "estilo animado, pintoresco, lleno de vigor, frescura y novedad"; hay método dramático de exposición; sagacidad en el análisis, aptitud para las síntesis e inspiración poética. Hasta concede que las biografías de Quiroga y de Aldao "revelan el mecanismo orgánico de nuestra sociabilidad y dan la clave para la explicación de nuestros fenómenos sociales, tan incomprensibles en Europa". ¿Qué mayor elogio podía esperar el genial cuyano de su compañero de causa, al que la edad y las circunstancias convertían en el "dux" de aquella generación?

Sin embargo, he aquí que despunta el pedagogo, preocupado de lecciones y de síntesis prácticas. Hay un vacío en el "Facundo": Echeverría encuentra la obra "poco dogmática" (leed desde ahora: "poco pragmática"). Habría deseado — escribe — que "el autor formulase su pensamiento político para el porvenir e hiciese a todos palpables las lecciones que encierra ese bosquejo animado que nos presenta de nuestra historia".

En este detalle de las relaciones entre Echeverría y Sarmiento, se ve cómo el ca-

non crítico del poeta no es otro que la utilidad práctica e institucional de la obra. Esta es, sin duda, admirable como colorido literario y como fuerza de interpretación sociológica; pero no se expresa en ella qué conclusiones se desprenden para mejorar el estado de la sociedad argentina. La debilidad de la obra de Sarmiento (¿era, en realidad, un defecto?) radica en su silencio acerca de este aspecto pragmático que tanto interesaba al poeta.

Otro episodio — sobre el cual hay desacuerdo entre los críticos e historiadores del "Dogma socialista" — exhibió la segunda preocupación del poeta aspirante a pensador. A principios de 1846, pasó Sarmiento por Montevideo, en viaje hacia Europa. Allí conoció a Echeverría y lo trató largamente. Desde Montevideo escribía a Vicente F. López una extensa carta fechada el 25 de enero de aquel año (el mismo de la aparición de la "Ojeada retrospectiva", donde Echeverría incluye su juicio sobre "Facundo"). Esa carta, y otras que escribió Sarmiento, se publicaron en Santiago de Chile en 1849, y pronto fueron divulgadas por los diarios montevideanos.

El autor de "La Cautiva", que no dejaba de seguir la brillante carrera literaria de

Sarmiento, esperó con vivísimo interés la publicación de las cartas. Acaso durante la estada en Montevideo le había leído sus halagadoras palabras sobre el valor de "Facundo", y deseaba, muy naturalmente, saber cómo había acogido su amigo esa impresión, pues a pesar de los tres años transcurridos, en carta de fecha 25 de junio de 1849, le anuncia a Alberdi el envío de veinte ejemplares del poema "La insurrección del Sud", para que el producto de la venta de los mismos le fuese devuelto en ejemplares "del "Viaje" de Sarmiento, cuya publicación—añadía—hemos visto anunciada y esperamos con ansiedad".

La desilusión del valetudinario escritor fué extraordinaria, y extraordinario fué el enojo con que la exteriorizó. ¿Por qué? Se verá en seguida. Lo cierto es que los críticos contemporáneos no se hallan de acuerdo acerca de la índole de las apreciaciones de Sarmiento. ¿Eran ofensivas? ¿Eran siquiera ecuánimes? ¿Eran, quizás, francamente simpáticas?

Veamos. Don Ricardo Rojas afirma que Sarmiento "juzgó despectivamente (a Echeverría), parece que herido en su vanidad por desatenciones de este último" (el poeta); y agrega: "El arbitrario Sarmiento había, en

efecto, considerado al "lucubrador" Echeverría casi como "un tonto"... (*La literatura argentina* III, 221). El doctor Ingenieros, al aludir — muy de paso — al episodio, incide en idéntico aserto, pues relata que Echeverría se quejaba "contra las felonías de los unitarios y contra la deslenguada indiscreción de Sarmiento". (*La Restauración,* 673); al paso que el señor Groussac, en una nota de su fuerte estudio sobre *las "Bases" de Alberdi y el desarrollo constitucional,* se escandaliza ante la irritación de Echeverría contra Sarmiento por haber éste terminado un esbozo sinceramente admirativo y simpático del autor del "Dogma" con una frase elogiosa (*Estudios de historia argentina,* 283).

Lo mejor es acudir, por de pronto, al propio documento objeto de tan disímiles pareceres. Después de aludir a la varia fortuna de los poetas montevideanos y argentinos, Sarmiento escribe textualmente: "Para indemnizarme de tantas pérdidas, he enconrado a Echeverría, manso varón, como es poeta ardiente y apasionado. Su intimidad me ha ahorrado las largas horas de fastidio de una plaza sitiada. ¡Cuántas pláticas animadas hemos tenido sobre aquello del otro lado del río! Echeverría, que ha engalanado

la Pampa con las escenas de "La Cautiva", se ocupa de cuestiones sociales y políticas, sin desdeñarse de descender a la educación primaria como digna solicitud del estadista americano. Alma elevadísima por la contemplación de la naturaleza y la refracción de lo bello; libre, además, de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres a los hechos actuales y que suelen ser, de ordinario, el camino del engrandecimiento, Echeverría no es ni soldado ni periodista, *sufre moral y físicamente* (subrayado por nosotros) y aguarda, sin esperanza, que en cuentren las cosas un desenlace para regresar a su patria, a dar aplicación a *sus bellas teorías* (subrayado nuestro) de libertad y de justicia. No entraré a examinarlas, por lo que puede ser que trasluzca (?) usted algo en un trabajo que prepara para ver la luz pública bajo el nombre de "Dogma socialista". El poeta vive, empero, aun al través de estas serias lucubraciones" (esta última es la frase elogiosa de que habla Groussac).

Y luego de caracterizar a Echeverría como el poeta de la desesperación, Sarmiento concluye: "¡Pobre Echeverría! Enfermo de espíritu y de cuerpo, trabajado por una imaginación de fuego, prófugo, sin asilo, y "pen-

sando" donde nadie piensa, donde se "obedece" o se sublevan, únicas manifestaciones posibles de la voluntad. Buscando *en los libros, en las Constituciones, en las teorías, en los principios* (subrayado por nosotros) la explicación del cataclismo que lo envuelve", etcétera. (*Obras* de Sarmiento; V, 60-1).

Echeverría contestó airadamente: "Me ha dicho en letra gorda — escribíale a su fiel amigo Alberdi — lo que "La Gaceta" y "El Archivo" no se han atrevido a decirme, calificando mis escritos políticos de "lucubraciones", y me ha declarado "ex cátedra", cual otro Hipócrates, "enfermo de espíritu y de cuerpo...".

El episodio se vuelve así interesante, pues ayuda a penetrar en la psicología del autor del "Dogma". La extraordinaria explosión de ira que luega se comprobará mejor, resulta, al primer vistazo, incomprensible, tanto más cuanto que al final de la carta, Sarmiento se refiere a Mitre para elogiarlo y para decir que "después de Echeverría, ha gozado" de su frecuencia. Si se principia con lo que podría estimarse más hiriente, esto es, con la expresión "enfermo de espíritu y de cuerpo", el propio texto del primer párrafo antes trascripto hace ver que Sarmien-

to la usa como sinónimo del que "sufre moral y físicamente" (que era, precisamente, el caso de Echeverría), sin que este sentimiento conmiserativo, que resultaba a la postre casi fraternal, entrañase — así comprendido — nada mortificante ni desdoroso.

Quedaba lo de las "serias lucubraciones". Echeverría no podía ignorar que las voces "lucubrar" y "lucubración" no encierran concepto injurioso de ninguna especie. A él mismo le ocurre, alguna vez, emplear correctamente aquel sustantivo (*Obras*, V, 378); de modo que descartada la hipótesis de un error que revelaría rara ignorancia en el poeta, queda la única interpretación posible, a saber: que Echeverría se vió definido por Sarmiento como un teórico, un especulativo, un "intelectual",—en suma—cuando él aspiraba a ser el jefe de los políticos científicos de su país, en posesión — como todo político digno de este nombre — de un criterio realista de la vida social, extraído de la observación del medio y contrastado con la experiencia histórica, tal como la vive el político de raza. Si el lucubrador se aplica a la producción de obras de ingenio, el político se aplica a la utilización de la experiencia social. Exhibido como un sociólogo puramente especulativo, Echeverría se turbó y pasó sin

esfuerzo a imaginarse que lo presentaban como un literato de la política, perdido en el reino trashistórico de la Utopía.

Notad que Sarmiento tributa a Echeverría (después de haber alabado sin restricciones al poeta) el elogio, ciertamente precioso entonces, de llamarlo "pensador", destacando esta misión en un país donde nadie pensaba, donde el dilema práctico consistía en obedecer o sublevarse. No importa: también hablaba Sarmiento de "las bellas teorías de libertad y de justicia" del autor del *Dogma,* y parecía empeñado en persuadirnos de que el pensador no había perjudicado al poeta. Bastaba con esto. Especulaciones, abstracciones, fantasías... eran formas de un mismo enemigo para Echeverría, que esperó ser también elogiado por su visión política y por la oportunidad de sus ideas de reconstrucción social.

No hay que olvidar que el que entonces señalaba al poeta "buscando en los libros, en las Constituciones, en las teorías, en los principios la explicación del cataclismo que lo envuelve", había practicado un método distinto en el admirable *Facundo.* ¿Había acudido también a los libros, a las teorías y a los principios para encontrar la clave interpretativa de los fenómenos argenti-

nos? Sin duda; pero antes había vivido, con toda su alma, el mundo caótico que quería comprender. Se había propuesto como modelo a Tocqueville e imaginaba un plan de explicación de aquellos fenómenos, en el cual entrarían la configuración del terreno y los hábitos que engendra; las tradiciones españolas y la influencia de las ideas antagónicas; la barbarie indígena y la civilización europea; las ciudades populosas y los bosques sombríos; los principios democráticos y la conciencia nacional, según se lee en la "Introducción" a la edición de 1845 de *Facundo.* Esto era mirar directamente la realidad social, y al soslayo, sólo de tarde en tarde, las teorías y las doctrinas.

El "manso varón" (como había escrito Sarmiento y como subraya el propio Echeverría en un párrafo donde, por errata indudable, se hace figurar como "manso varón" a Vicente Fidel López), reapareció en una segunda carta a Alberdi: "Sin duda le duele (a Sarmiento) encontrar en mis escritos alguna lógica y principios fijos, por eso me llama "lucubrador". Puedo decirlo sin jactancia: soy el único escritor verdaderamente "dogmático" (otra vez el vocablo favorito) del Plata; los palabreros como él pululan, y

los considero una verdadera plaga para el país''.

Cuando expone su juicio sobre *Facundo,* lo ''dogmático'', para Echeverría, equivale sencillamente a ''pragmático''. Cuando se subleva ante el retrato del pensador o del teórico que los párrafos de Sarmiento hacen trasparecer, Echeverría finge estar persuadido de que ''lucubrador'' equivale a fantaseador, y entonces ''dogmático'' es para él sinónimo de científico. Una y otra cosa: su sed de sistematización y su prurito de legislar sobre la vida institucional y moral de su país, le dan, según se dijo, ese aire inevitablemente poco simpático, de pedagogo político, altivado de pragmatismo y de realismo, y taraceado de palabras simbólicas, de principios y de fórmulas.

EL POETA VÁZQUEZ LUDUEÑA

La que podría llamarse "generación del Centenario", es decir, la constituída por los jóvenes que en 1910 iban a cumplir sus veinte años o a alcanzar su mayoría de edad, estuvo representada en Córdoba por un núcleo de poetas, pintores, periodistas y bachilleres agrupados en una asociación que fué llamada Círculo Artístico.

Las primeras autoridades de este centro, cuyas sesiones se desarrollaban en un mezquino local de la calle 27 de Abril (el que hoy lleva el número 360) fueron Baudilio Vázquez Ludueña como presidente, y Arturo Capdevila como secretario. Activo en sus orígenes, el círculo fué cayendo en tal languidez, que acabó por borrarse como nota interesante en el panorama — harto sobrio — de la cultura cordobesa de entonces.

Baudilio Vázquez poseía ya el prestigio de que han gozado siempre los poetas, aun en nuestras aldeas grandes, saturadas de toscas preocupaciones utilitarias o roídas por la política. ¿Quiénes mejor que los poetas han experimentado en las apacibles ciudades de provincias (a ratos apacibles y a ratos turbulentas) la verdad del verso de Persio: "Pulchrum est digito monstrari et dicier: hic est"? Vázquez debió sospechar que lindos dedos femeninos solían señalarlo cuando se encaminaba hacia la Universidad, vivo el paso, abierto el rostro de varonil fealdad, pequeña y un tanto desgarbada la figura, pronta el alma a la risa o al enojo.

Había ganado un primer premio a los diecisiete años, en unos juegos florales, con el poema "La creación del hombre"; y si es fácil acumular donosas ironías a propósito de los certámenes literarios, ¿podrá negarse que suelen ser eficaces, a lo menos, para difundir en la masa el respeto hacia las formas superiores de la sensibilidad y de la emoción, y hasta (como en el caso de Vázquez) para proteger con un poco de prestigio la obra inicial de un artista de verdad? Si el prestigio es un fenómeno social, que se nutre de la admiración y de la confianza colectivas, la utilidad de tales concursos es

entonces innegable, siempre que por sobre la fronda retórica que los caracteriza asome, intermitente, el fusilazo de la auténtica poesía.

Pero por ser creación social, el prestigio posee una desdichada relatividad, en estricta consonancia con la escala de valores que en cada grupo domina. En colectividades poco cultas, el prestigio que corresponde a los valores ideales — arte o filosofía — es tan débil, que requiere un consorcio de valores, so pena de extinguirse. Para que le perdonasen su vocación de artista, nuestro poeta debía prodigarse acudiendo a las más variadas y toscas solicitaciones de su ambiente. Veíasele, por ello, componiendo efímeros sueltos periodísticos, o aderezando loas con motivo de minúsculos episodios de la vida ciudadana, o decorando, con su letra redonda y caligráfica y con su elegante redacción, las fojas de los expedientes de una secretaría de juzgado; que todo este pampanaje pragmático suele ser necesario para cubrir y defender el fruto mejor de nuestro espíritu. Cuando el concepto vocacional de la vida colectiva no alcanza un mínimo de realización, esto es, cuando hay franca desarmonía entre el individuo y el grupo, lo más inteligente es recordar que

sólo dominamos a la naturaleza obedeciéndola, y que las leyes de la naturaleza tienen su correlativo en los hábitos y en la rutina de la masa. ¡Duro y heroico ejercicio éste de acomodarse a los mandatos de la comunidad, con la esperanza de llegar a mostrarle una vislumbre de la vida verdadera!

Vázquez Ludueña era, fundamentalmente, un hombre de buen gusto, y esta simple definición fija el valor de su personalidad en la historia de la cultura de Córdoba. ¿Qué importa que los genios a lo Víctor Hugo, cuyas obras nos dan la impresión de una fuerza cósmica desmesurada y terrible, continúen abrumando al buen gusto con sus sarcasmos? En toda comunidad civilizada el mero gusto constituye el programa mínimo del progreso de la literatura y de las artes y es, en el arte, lo que la honestidad es en la ética, como la santidad en ésta corresponde en aquél a la alta liricidad.

Sin duda, en su breve paso por la tierra, nuestro poeta no siempre logró ser del todo fiel a su canon estético, y aquí y allá, en las fugaces composiciones del escritor, asoma cierto amaneramiento y algún exceso ornamental que hace pensar en lo que podría llamarse — para movilizar una expresión de la arquitectura — el estilo "plateresco" de su

prosa. Culpa fué, en parte, de sus abundantes lecturas de los clásicos castellanos, no todos admirables — ya se sabe — por la nitidez del pensamiento ni por la sobriedad de la expresión. Le bastó, no obstante, someterse al influjo de Anatole France y sentir el hechizo de esta sintaxis sabiamente purificada, para advertir que el secreto del escritor de raza reside, ante todo, en la trasparencia de la frase y en la gracia de los enlaces y de los giros.

Cuando presidió el Círculo Artístico, se disponía a publicar sus "Primeros versos", que vieron finalmente la luz en octubre de 1910. Contaba a la sazón veintitrés años de edad, pues había nacido en Córdoba el 6 de febrero de 1887. Aquel volumen es toda su obra impresa, si se exceptúa su tesis doctoral sobre "Epicuro y los griegos" ejercicio didáctico algo improvisado y algo polémico, que debió redactar sin otro propósito que el de asustar ligeramente al venerable claustro universitario, pues allí defiende al filósofo de Samos de la condenación que contra su doctrina pronunciaron legiones de comentaristas apasionados, y comprueba — ¡grave comprobación! — que "el concepto actual de la felicidad no es el concepto cristiano". Al deshacer aquel prejuicio satis-

fizo su inquieta pugnacidad, ya que debajo de su caudalosa cultura literaria guardaba ilesos sus ímpetus de luchador, pronto a combatir, con franqueza y con inteligencia, aquí el error y allá la tontería. A él se le habría aplicado la altiva definición de Barbey d'Aurevilly:

Je me nomme le Sagittaire;
Je suis né sous ce signe et je le mets partout!
Et dans ce monde inepte, ennuyeux et vulgaire,
J'aime à lancer ma fleche à tout.

Así era. Su ímpetu pugnaz se detenía en las cosas supremas de la vida; pero odiaba mortalmente la vulgaridad, sobre todo la dorada vulgaridad, esa "bárbara miseria opulenta que no se puede combatir por medios humanos y para la cual parece que no existe la alegría de vivir", como ha escrito en una de sus hojas inéditas; y contra la vulgaridad circundante multiplicó defensas: se rodeó de libros selectos, de ediciones primorosas, de telas elegidas, de fruslerías exquisitas y raras. En esta atmósfera deliciosa le sorprendían sus amigos, en el rincón en que evocaba sus caras imágenes helénicas — al lado de Heredia o de Leconte de Lisle —, o soñaba con el París anterior a la

guerra, sede del aticismo, de la frivolidad y de la inteligencia victoriosa.

Una actuación tan desperdigada como la de Baudilio Vázquez y los breves veintisiete años de su tránsito por la tierra, explican que sus escritos en prosa, y aun sus versos, carezcan de esa nota trascendental que hoy exigiría cualquier bachiller, penetrado de los graves problemas metafísicos y sociales que la creciente intimidad con Europa nos obliga a contemplar. La generación a que perteneció era, a los veinticinco años, más candorosa y menos cejijunta que la que hoy cubre el horizonte de la cultura nacional; pero ese candor y naturalidad no le impedía — al contrario — dar a los demás lo mejor de su espíritu y poseer un sano sentido de la relatividad histórica. Es claro, por otra parte, que cada generación responde, en forma más o menos original, a las exigencias del momento en que vive, y que los problemas de entonces no eran los problemas de hoy; sólo que en los "ideariums" de las nuevas "élites" juveniles habría que verificar un trabajo de análisis para discernir lo que hay de artificial y lo que hay de espontáneo en las aspiraciones y en las antipatías de aquéllas; sin lo cual se pierde el verdadero sentido de las nuevas tendencias

y orientaciones y se llega a creer que la generación espontánea, desterrada del campo de la biología, puede ser acogida en el área de la historia.

Sea de esto lo que fuere, los "Primeros versos" del joven cordobés contenían descripciones de escenas campestres y felices motivos del paganismo. El tema de la patria también aparece, exaltado y embellecido, en el espíritu del poeta, por las efusiones de la hora del Centenario. No falta, asimismo, a pesar de lo que acaba de escribirse, la nota filosófica muy discreta; inicial escaramuza lírica, quizás, entre su temperamento pagano y sus creencias cristianas. ¡Qué bien sentía el llamamiento sensual y dionisíaco del alma griega, para la cual el trascurso de la existencia fué como un perpetuo renacimiento de rosas encendidas! Formó, pues, en la vasta legión que capitanean Chénier, Hölderlin, Leconte de Lisle y tantos otros, y él mismo nos dijo a qué gente pertenecía:

> Yo me aduermo a la sombra compasiva,
> Y suéñome pastor, en la festiva
> Edad de Pan y de las ninfas bellas;
> Y falto de la caña melodiosa,
> Limo en silencio, al son de mis querellas,
> El soneto de arista luminosa.

El soneto — pequeño Partenón de la poesía — lo atrajo, y en él se especializó. En estas mismas columnas [1] Capdevila hizo conocer algunos muy bellos y pidió para el autor un sitio en las antologías argentinas. ¿Por qué este voto justísimo ha sido desoído? Ved ahora esta otra composición titulada "Cigarrillo", de adecuada levedad y de gracia perfecta:

Fumo. Un liviano espíritu se eleva
Y de impalpables cintas de zafiro
Volutas forma con inquieto giro,
Que un aliento sacó y otro se lleva.

La brasa que encendida los renueva
Se apaga lentamente; pero aspiro,
Y por segunda vez alzarse miro
El crespo resplandor de la onda nueva.

Al fin el cigarrillo se consume;
Mas en tanto la brasa fué encendida
Logré gozar su cálido perfume.

¡Oh, si hubiera en humanas aflicciones,
Para engañar las horas de la vida,
Siquiera un cigarrillo de ilusiones!

Tal era su musa, a la cual convenía el libre escenario de la naturaleza exterior an-

(1) Las del diario "*La Prensa*", de Buenos Aires.

tes que el mundo donde moran los máximos problemas del pensamiento y de la vida. Su seguro instinto de la belleza lo salvó de la grandilocuencia, que sólo de tarde en tarde, en temperamentos líricos excepcionales, crea obras realmente imperecederas.

Dos años después, concluía su carrera de abogado con el elogio de Epicuro. Quiso despedirse de la Universidad saludando una vez más a los símbolos eternos del alma encantadora de Grecia. La ataraxia del maestro iba a quedar muy lejos, y el poeta debía ocupar alguno de los cuadros sociales preestablecidos: ¿juez?, ¿abogado consultor?, ¿político?, ¿estanciero? ¡Quién sabe! El tiempo seguía corriendo. Vázquez había optado por ejercer la profesión. Otros dos años más estaban próximos a cumplirse, y el mundo conocería bien pronto — como tantas otras veces — los supremos horrores de la maldad desencadenada. Un día de fines de abril de 1914, dos párrafos desolados de Arturo Capdevila me llevaron a París la noticia de la muerte de Vázquez Ludueña. Una constelación de recuerdos de la tierra lejana y del amigo ausente llenó mi soledad de extranjero; y acaso no fué desestimada, por el espíritu del poeta muerto, esta emoción que un compañero de afanes le dedica-

ba en su amado París, donde él habría vivido momentos inolvidables en la atmósfera luminosa de los Campos Elíseos, o en las librerías de viejo de las orillas del Sena.

LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA

Los escritores argentinos de la generación posrevolucionaria han tenido, desde el prinmer momento, clara conciencia del problema que les correspondía afrontar: la emancipación intelectual del país. "Confesemos ingenuamente — decía el *dux* de aquella generación, en el discurso de Introducción a las lecturas pronunciado en el Salón Literario — que después de veintiséis años de vida política sólo tenemos por resultado positivo la independencia; que nuestra literatura y nuestra filosofía están en embrión; que nuestra legislación está informe y la educación del pueblo por empezar; que en política hemos vuelto al punto de arranque, y que, en fin, con nada o muy poco contamos para poner mano a la empresa de la emancipación de la inteligencia argentina".

Toda actitud revolucionaria es, por su

propia índole, inavenible con el sentido histórico puro, esto es, con la conciencia de la continuidad y de la unidad del proceso de la vida, la cual halla su justificación en su propia dialéctica inmanente. No es lícito, entonces, reprochar a aquellos hombres sus lamentaciones: prácticamente, en la situación en que se hallaban, tenían razón al quejarse del fuerte predominio de lo europeo sobre lo nacional, y al renegar de las soluciones improvisadas, de los criterios repentistas y de las síntesis falaces que de esa preeminencia resultaban; mas ¿cómo podía ser de otro modo, si comenzaban por señalar, en el período prerrevolucionario, un mundo de abominación y de tinieblas, y por violentar el curso de la historia, forjando en 1810 una solución de continuidad? Y añádase (para ser claro y categórico) que bien pudiera ocurrir que, en efecto, el período colonial fuese malo y deplorable, sin que esta valoración hecha por el sentimiento y utilizada por la voluntad debiese influir, sin embargo, sobre la conciencia histórica, lógica por definición y por esencia.

Si Echeverría y sus compañeros hubiesen poseído el sentido profundo de la historia, se habrían escandalizado menos de ver adoptados, por los argentinos de aquella hora,

los criterios de Rousseau o de Montesquieu en materia política, o las tesis de Condillac o de Cousin en psicología, o las soluciones de Quesnay o de Smith en economía. Los mismos que así se escandalizaban habían tenido que apoyarse, para predicar la originalidad de los fenómenos argentinos, en el historicismo que divulgaba a la sazón Lerminier, elocuente sub-Savigny que acababa de hacerse aplaudir en su cátedra del Colegio de Francia.

Había, no obstante, en el panorama de la cultura nacional que divisaban nuestros primeros escritores un área que podía creerse excluída de los avances del europeísmo: la historia. *A priori*, no parecía fácil que aquéllos se viesen forzados a acudir al extranjero para buscar sus guías historiográficos. No debían necesitarlo, simplemente porque sentían e interpretaban, con mayor o menor originalidad, la propia aunque corta experiencia histórica colectiva, al modo como el escolar, sometido al aprendizaje de la escuela, lo ignora todo, salvo aquello que es su íntima aunque breve experiencia del hogar y de la vida, esto es, su propia historia individual. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo sin que alguno de los jóvenes nacionalistas de esa hora jurase por Buckle y por

Macaulay, modelos excelsos — a lo que se juzgaba — en el arte difícil de enlazar los acontecimientos, de evocar el pasado y de percibir regularidades en el fluir incesante de las cosas humanas. El último sueño de aquellos soñadores de autonomía iba así a desvanecerse. El inenajenable dominio de la historia nacional — especie de "homestead" de la cultura vernácula que anhelaban instaurar — quedaría también sometido a los cánones del extranjero.

La ilusión disipada les dejaba esta simple verdad: que la historiografía, en una determinada colectividad, está sometido a las vicisitudes de la cultura de ese grupo. No hace falta canonizar a la historia identificándola con la filosofía, como hace Croce, para reconocer que la concepción general de la vida y del espíritu influyen estrictamente en la manera de concebir y de interpretar el pasado. Por esto, toda historia de la historiografía de un pueblo deberá señalar las alternativas de la cultura general del mismo y el juego de sus fuerzas sociales, para que sean inteligibles en el detalle y coherentes en el conjunto las trasformaciones del criterio historiográfico. La historia de la historiografía argentina no será, en tal supuesto, ni historia de las ideas sociales, ni

historia de las ideas filosóficas que entre nosotros hayan venido predominando; pero se halla indisolublemente enlazada con ambas, y únicamente con el auxilio de ellas es posible captar la significación de los diversos estilos historiográficos que han prevalecido y prevalecen en el país.

No basta limitar las conexiones de la historiografía a la sola filosofía, salvo cuando se ha comenzado por dar al concepto de filosofía el alcance especial que le asigna Croce al entenderla como actividad lógica concreta. Es necesario, en cambio, enlazarla con todos los influjos que van perfilando la cultura de la agrupación que se considera. Limitarse a sostener la solidaridad conceptual de la historiografía con la filosofía es, por esto solo, arriesgarse a acoger la *suggestio falsi*. Un ejemplo: la obra histórica de Francisco Ramos Mejía, en la interpretación de la democracia y del federalismo argentinos, conserva altos quilates, por su seriedad y por su prudencia, a pesar de cuanto han avanzado las posteriores investigaciones en esos mismos capítulos: ¿ha comprometido en algo la solidez de la obra de Ramos Mejía el franco embanderamiento filosófico de éste en las doctrinas evolucionistas de Spencer, especie de metafísica empírica hoy des-

monetizada? Sin duda, no; pues para explicar genéticamente los acontecimientos de la historia, no es indispensable acudir a Spencer, y la adhesión de aquél a las tesis del evolucionismo es hoy, para nosotros, simple máscara filosófica que puso el autor *ad pompam vel ad ostentationem.* Todavía cabe aprovechar el caso de Estrada — "ese gran sociólogo diluído en la pompa de su fantasía romántica", como le llama Joaquín V. González —, cuya obra histórica no obtendría el relieve que le corresponde si fuese exhibida como un mero ejemplar argentino, de lo que han sido las filosofías providencialistas de la historia. Estrada poseía (cualquiera que haya recorrido sus *Lecciones* puede recordarlo) un alto sentido de la realidad social, y no fué, por cierto (lo que prueba su realismo), de los que aminoraron u olvidaron el valor de los intereses económicos en los orígenes de la revolución argentina y del caudillismo.

¿Quiénes se han ocupado en escribir historia en la República Argentina? ¿Sobre qué han trabajado? ¿Cómo han trabajado? Estas obvias interrogaciones no son inútiles para percibir con mayor nitidez la solidaridad entre la historiografía y la cultura.

Los que escribieron historia entre nos

otros fueron, a veces, hombres desprovistos del avío mínimo que se exige en el historiador. Dejando de lado lo que Salamanca no da, todo el secreto del historiador reside en esta norma cimental: poseer espíritu crítico; y es innegable que el espíritu crítico se afina, y en ocasiones hasta llega a adquirirse, cuando hay un conjunto de circunstancias favorables de educación y de ambiente. Es claro, por otra parte, que en las distinciones arriba propuestas todo es uno y lo mismo, en definitiva, y que si el ambiente ayudaba, aquellos hombres escribirían historia sobre materiales vagamente purificados, o jurarían sobre cualquier papel impreso, o alzarían hasta el mismo nivel testimonios que reforzaran una determinada hipótesis, cualquiera que fuese el valor de ellos. Por fin, si ese mismo ambiente lo estimulaba, nada mejor que escribir historia, *a la manera de* tal o cual modelo, volanderamente escogido; o con el auxilio de una clave filosófica; o bien, todavía, con el propósito primordial de crear emoción estética o de aderezar un disimulado alegato. Tal relación — normal o excepcional — entre el ambiente y el historiador, es decisiva en una historia de la historiografía, y es lo que en la nuestra permite fijar, por ejemplo, la significación de

Paul Groussac. Por la prestancia de su espíritu, la riqueza de su cultura y la severidad de sus cánones, Groussac ha podido ofrecer — anticipándose en muchos años al normal desenvolvimiento de nuestra historiografía — una plenitud armoniosa de pensamiento, de expresión y de método, realmente excepcional.

Colocada la historiografía (argentina o la que fuere) en su medio social, la solidaridad de todas las formas y manifestaciones del espíritu colectivo permite que trasparezca el sentido de las mutaciones del criterio historiográfico, tanto en el modo de concebir la historia como en el modo de escribirla o realizarla; y si esta distinción suena a sutileza (por cuanto en toda historia vive implícitamente una teoría de la historia), no lo parecerá tanto si se piensa que más de un autor, confesando una previa posición historiográfica, adoptó de hecho otra: concibió como *a* y ejecutó como *b*; lo cual no es de desdeñar — como elemento de juicio —, si no para la valoración definitiva que de la obra se haga, para su cabal comprensión. Así, el historiador de la historiografía argentina, no sólo se detendrá en la *Historia de Belgrano,* sino también en las doctrinas que Mitre expuso cuando sostuvo una polé-

mica, a propósito de esa obra, con Vicente Fidel López.

Esta distinción entre la historia que se concibe y la historia que se realiza, permite acercarse al elemento imitativo — tan radicalmente social — en la tarea del historiador. Cualquiera advierte sin esfuerzo que es fácil — y en ocasiones, irresistible — adoptar un modelo extranjero recién propuesto, o una doctrina nueva, o un criterio prestigioso respecto de la manera de escribir la historia. ¡Cuántos eminentes espíritus creyeron, en su hora, *hacer* historia a la moda de Guizot o de Taine, y cuántos creen hacerla hoy a la moda de Croce! ¡Cuántos historiadores son rebajados en nuestros días, con prescindencia del valor intrínseco de su obra, en nombre del positivismo en decadencia, y cuántos otros se vanaglorian de una solícita adhesión al idealismo que renace! Hay, como se dijo, una especie de solidaridad entre la historia y la cultura, y por lo tanto, entre la historiografía y la filosofía; sólo que ella no resultará del troquel a que previamente se haya llevado la obra, ni de la convicción con que se afirme una doctrina, sino del modo real en que la doctrina haya pasado al espíritu del historiador, y de éste a su obra.

Pero acudir a la imitación no suele ser, en ocasiones, más que inhábil recurso. No se imita porque sí. Hay que examinar, a su turno, las causas de ese fenómeno imitativo. No es suficiente, en consecuencia, establecer que Estrada fué nuestro típico filósofo de la historia, ni añadir que su filosofía de la historia era de estilo providencialista, sino que todavía hay que concretar qué influencias prácticas determinaron el modo historiográfico de Estrada, vinculándolo, por ejemplo, a su posición de católico de fila; ni se ha dicho todo, tampoco, al examinar la obra de Vicente Fidel López, con puntualizar que ella fué, en algún sentido, una réplica de la de Macaulay y que su autor resumió toda la historia en la sola historia política; hay que preguntarse, además, si en esta concepción del eminente historiador influyeron su dilatada actuación pública y sus vinculaciones de hogar y de hombre de combate, u otros antecedentes característicos del ambiente y de la hora en que actuó.

Si el medio social en que se mueve el historiador puede decirnos algo aun respecto de aquello que parece escapar a las exigencias de la vida de relación, es decir, respecto del *modo* o de la *forma mental* adoptada por el historiador para componer su obra,

su influjo se vuelve omnipotente (como es lógico) en el aspecto práctico del espíritu, o sea en el área del sentimiento y de la voluntad.

¿Qué es lo que explica, por ejemplo, la aversión de Estrada hacia el período colonial argentino, muchos años después de extinguidos Gorriti y Echeverría, en quienes ese sentimiento fué muy vivo? ¿Por qué Mitre — cuya ecuanimidad suele ser de rigor alabar — recibió el libro de Saldías sobre Rosas como se recibe el arma del adversario, según lo dijo sin ambages? La respuesta es simple: nadie escapa al modo general de sentir la experiencia de la propia historia, cuyos acontecimientos capitales reobran sobre las generaciones más inmediatas a ellos. La Revolución de Mayo y la tiranía crearon dos modos característicos de sentir, y originaron, respectivamente, las llamadas *leyenda negra* y *leyenda roja,* más solidarias de lo que a primera vista parece si se recuerda que Echeverría (seguido en nuestros días por Ingenieros) sostuvo que la tiranía era el fastigio de la contrarrevolución, un *anti-Mayo,* como quizás le habría gustado decir.

Circunstancias muy diversas pero muy reales ayudan, pues, a comprender esos es-

tados difusos de sensibilidad histórica. Así, la aversión hacia la colonia y hacia el régimen español sería efecto, en parte, de la natural energía del sentimiento en las horas iniciales de la nacionalidad; en parte, de inconsciente reflejo del espíritu iluminista, con su cándido horror por la tiranía de reyes y de papas, etcétera. Y esto también debe ser explicado, para aclarar las mutaciones del criterio historiográfico argentino en cuanto al contenido de la obra histórica.

En nuestros días, aquietados los hervores de la pasión nacionalista, es menos difícil el análisis de los orígenes argentinos. Con todo, un peligro se insinúa: el de las interpretaciones intelectualistas de nuestra Revolución emancipadora.

Si la *leyenda negra* quería explicarlo todo en nombre de un omnipresente antagonismo hispanocriollo, una fuerte reacción contra ese modo simplista de interpretar la génesis del movimiento emancipador parece destinada a cristalizar en una *leyenda gris* (gris como los esquemas de la inteligencia) según la cual, la Revolución de Mayo resultó de un mero proceso de expansión de las ideas liberales en el Plata, compartidas por españoles y argentinos: la consabida fórmula de la *guerra civil*, que acuñó cierto docto

peninsular. ¿Habrá que recordar que todo fin práctico que se mezcla en la labor del historiador (en el caso, *el deseo* de reaccionar contra la leyenda del odio entre españoles y americanos) es una amenaza a la limpidez de la conciencia histórica, y que de la unilateralidad de la pasión es fácil caer en la unilateralidad de la inteligencia?

Conciencia práctica y conciencia lógica; pasión y pensamiento; el modo de concebir la historia y el modo de realizarla: todo esto puede ser visto con una perspectiva más amplia cuando la historiografía es reintegrada al ambiente mismo en que ella se viene desenvolviendo.

INDICE

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRAFICOS
CUBAS MADUEÑO, EN CÓRDOBA,
EL 2 DE MAYO DE 1927

